

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y OBRAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 7 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—Crónica local.—Teatro Principal.—Modas de París.—Esplicacion de los figurines.—Id. de la hoja del patron doble y bordados.—Cecilia, novela por D. Eugenio de Ochoa.—Sinónimos castellanos, por D. Manuel Breton de los Herreros.—La Mujer, estudios morales por D.ª María del Pilar Sinués de Marco.—Poesía por D.ª Victorina B. y Mazzini de Dominguez.—La caza de un oso en el Pirineo, por D. José M. de Goizueta.—Poesía, por D. Eladio Mina.—Las siete virtudes capitales, por D.ª Robustiana Armiño de Cuesta.—Revista de Madrid, por D. Sebastian de Mobellan.—Geroglífico.—Nuevo manual de señoritas (en la cubierta).

LÁMINAS.—Figurines para vestidos de señoras y niños.—Patron doble con dibujos para bordados.—Dibujo de tapicería en colores.

CRONICA LOCAL.

OBRAS PÚBLICAS Y DERRIBOS.

Principiarémos por lo segundo para ponernos mas en armonía con el asunto de que vamos á hablar.

El jardin de Columela ha dejado de existir.

La tierra le sea leve.

Y sin embargo, se nos dirá, la cosa no es tal como suena. Se le han quitado las verjas, es verdad; se han derribado asientos y portada; pero la parte puramente vegetal sigue allí vegetando: nadie le ha dicho una palabra hasta ahora.

La cuestion es solo cuestion de palabras. Un jardin sin cercado, ya no es un jardin, como un estanque sin muro ya no es un estanque.

La fuente del niño que aprieta el pescuezo á un ánade ó cisne, ó lo que sea, se

ha ido con la música á otra parte. Solo ha quedado allí por ahora Columela con su carita de risa, si bien esperando ocasion de que lo trasladen con ascenso á otro puesto.

La iglesia del Cármen pierde un buen vecino. Al menos un vecino que no ha dado ruido en los muchos años que ha vivido en frente del ex-convento.

Los asientos fronteros al templo tenían sus dias clásicos. Verbigracia, los de la novena de la vírgen ó los de misa de tropa, cuando habia música. Allí se sentaban los que iban á esperar á sus familias, ó á ver salir la gente. Ahora esperarán de pié, ó sentados en el suelo si mejor les place. Nos es indiferente de todo punto la posicion que otros tomen.

¿Pero qué razon ha habido para que al pobre Columela le derriben su casa? Parece que es con el fin de aprovechar todo lo que haya en ella de aprovechable, trasladándolo á las Delicias, donde se confinge otro jardin, y donde ya se ha domiciliado la fuente de que ya antes hablamos.

¿Irá allí tambien Columela?

La suerte que se prepara al célebre autor de *Re rústica*, al compañero de Balbo en el municipio de Cádiz, es todavía un misterio para los profanos.

El mismo hospital, que es la persona mas allegada al jardin, no lo sabe.

Y ahora que hablamos del hospital se nos ocurre decir algo acerca de las continuas interpelaciones que leemos en alguno ó algunos periódicos de la plaza, y que tienen por objeto, no solo escitar á la Facultad de medicina para que blanquee y pinte el exterior de dicho establecimiento, sino tam-

bien hasta reñirle porque ya no lo ha hecho, con desprecio de las insinuaciones de la prensa gaditana.

Para hacer comprender lo peregrino de esta idea vamos á explicarla con un ejemplo.

Figurémonos que en uno de los sitios mas públicos y mas concurridos de la poblacion exista una casa cuya fachada se halle en pésimo estado, y figurémonos que un periodista, en uso de sus no disputadas facultades, llama la atencion de quien corresponda á fin de que aquella casa no destruya con su fealdad el buen aspecto público. Hasta aquí no hay objecion que hacer. Pero vamos mas allá, y supongamos que el espresado periodista averigua que en aquella casa hay un enfermo, y que por consiguiente entra el médico en ella todos los dias. Ahora bien ¿dónde halla que fuera lógico el exigir que fuese el médico, y no el dueño de la finca, el obligado á pagar los gastos de la obra?

El caso es el mismo sin quitarle ni ponerle. La Facultad no hace sino asistir, como objeto del estudio clínico, á los albergados que ocupan una parte del establecimiento; pero este no es suyo. La Facultad, por tanto, no puede ni debe allí hacer nada, á menos que no se quiera que encale y pinte á los enfermos de las salas que visita, y que los ponga en las ventanas mirando hacia el paseo, para mayor visualidad del nuevo jardin.

Cuando la obra de este se encuentre adelantada lo bastante para formarse idea de lo que se va á hacer allí y de como se va á hacer, volveremos á ocuparnos del asunto. Hoy todo seria prematuro.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

TEATRO PRINCIPAL.

Marina, zarzuela en dos actos.—Funcion á beneficio de la Srta. Hernandez.

Por fin nos han dado algo nuevo en este teatro. Tiempo era ya.

Marina ha sido la zarzuela elegida, y en verdad la eleccion no ha podido ser mas acer-

tada. Los estrepitosos aplausos del público pudieran dispensarnos de otra prueba.

Muchas y al parecer muy legítimas dudas se abrigaban respecto al mérito de esta produccion. La prensa de Madrid, que tan frecuentemente se estasia prodigando encómios á otras obras que luego en las provincias nos parecen ó malas ó harto menos buenas, habia andado mas económica, generalmente hablando, con la presente, y así es que al rebajar nosotros la parte que suele sobrar de aquellas alabanzas, temiamos que la zarzuela en cuestion no pasase de regular.

Y sin embargo, nos hemos hallado con que es muy bella, con que posee una originalidad bastante rara en su género, y en fin, con que el Sr. Arrieta es el mismo á quienes hemos aplaudido en *El Grumete* y en *El Dominó azul*.

El argumento es sencillo y las situaciones dramáticas un tanto improbables, el lenguaje además es frecuentemente incorrecto; pero hay pensamientos bellísimos, y hay en fin ese instinto del Sr. Camprodon que hace oír con interés cuanto sale de su pluma.

Aunque ninguna de las piezas ha dejado de agradar, han merecido todas las noches los honores de la repeticion la cancion báquica, la serenata y la seguidilla final, que es lindísima sobre todo encarecimiento. Mucho se ha aplaudido la cabatina del primer acto del tenor, y tambien se ha repetido todas las noches.

La egecucion muy buena. El Sr. Azula vale en esta zarzuela mucho mas que en las demás que ha cantado. La Sra. de Allú bien, como siempre. Muñoz como el pez en el agua.

Por final de temporada tuvo lugar la funcion á beneficio de la Srta. Doña Felisa Hernandez, haciendo además con ella su despedida de Cádiz por estar contratada en Valencia. Eligió la zarzuela *El Sargento Federico*, que es quizá su mejor triunfo, y la cancion *Las Ventas de Cárdenas*, que canta con tan singular despejo y gracia.

La concurrencia fué inmensa, nutridos los aplausos é innumerables las flores que fueron arrojadas á sus piés.

La beneficiada pudo comprender todas las simpatías que ha sabido grangearse en los teatros de Cádiz por la afectuosa manera con que el público la despidió.

Nosotros le deseamos igual acogida en los otros que va á recorrer, y casi pudiéramos augurárselo así tratándose de una artista tan aplicada, tan dócil y de tan buen instinto.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

Ya no hay modas nuevas, y hasta que llegue el otoño los trages, los sombreros y las confecciones permanecerán con corta diferencia tales como hoy son. Se trata, pues, de adjudicar hoy los premios de la elegancia y del buen gusto que cada artista ha merecido.

Constantino le alcanza por sus flores. El es el verdadero creador de la flor natural en Francia. Antes la flor era inflexible, estirada y pretenciosa. La rosa llevaba invariablemente su enagua almidonada y aderezada con toda simetría. El follage era vulgar y grosero, y los tallos habrían podido servir de agujas para mechar carne. Una corona de flores semejaba á una corona de espinas: ella se asía á los cabellos, ella afeaba, porque era ininteligente.

Constantino, muy jóven aun, ha ideado la flor natural cogiendo las flores que Dios hace brotar en los campos, y se ha hecho florista por vocacion sin haber aprendido nada.

Todos los grandes artistas son discípulos de la naturaleza.

No tienen maestros: ellos mismos lo son.

¿Quién ha enseñado á Alejandrina el modo de colocar una pluma y la manera de hacer un nudo?—Nadie.

Búsquense fuera de su salon el sombrero *Pamela*, el *Clarence*, el *Cing-Mars* y el *Luis XV*, no hallareis ninguno de esos diferentes sombreros, al menos con su verdadero estilo y su verdadero género. El Luis XV, como adorno para carruaje, es muy aristocrático si se hace de paja de Italia, con amapolas de China y yerbas.

Un traje de muselina de Mme. Angelot completa este equipage de duquesa. Los trages de volantes estampados no envejecen nunca, porque poseen una sencillez esquísita y encantadora. Son deliciosos, ya sea en muselina lisa, ya en tarlatana, ya en gasa. Mme. Angelot ha creado este género artístico y coqueto, que ha hallado imitadores; pero la primacia le corresponde de derecho. Ella ha inventado tambien ador-

nos muy nuevos que dan á cada uno de estos trages un sello de originalidad. Por ejemplo, acaba de enviar á Dieppe muchos trajes de baile, que ciertamente llamarán la atencion por lo gracioso y aristocráticos. Fórmanlos grandes paños de tul ó de tarlatana, mezclados los unos con los otros y retenidos por ramos de flores. Usanse mucho túnicas de encage formando doble falda, ya de Chantilly, de Inglaterra ó de Bruselas. Diferencia y grande hay de las túnicas de hoy á las túnicas de otros tiempos, y sin embargo, hay quien pondere todavía los encages antiguos.

Los encages antiguos no tienen comparacion con los encages de Violard.

Algunos ramitos sueltos y esparcidos al acaso sobre un fondo muy claro componian el alençon y el punto inglés de nuestras bisabuelas, y se tenia por un portento cuando una guirnalda de flores y de follage coronaba la obra.

Los encages da Violard son paisajes dignos de Hobbema.

El establecimiento titulado *Les Trois-Quartiers* posee telas que están haciendo furor en las aguas minerales, en los baños de mar y en las quintas. Estas telas se llaman: *gasa de Chambery*, *granadina oriental* y *organdi Pompadour*. Hé aquí tres encantadores nombres para trages de verano.

Los grandes vestidos Luis XV en tafetan, que han salido á luz en la última primavera, van á reaparecer mas elegantes que nunca en el próximo otoño. *Les Trois-Quartiers* han aventurado los primeros albornoces de tafetan, y la moda de los albornoces se ha establecido inmediatamente. Se habla muy seriamente de albornoces de paño y de terciopelo para este invierno.

Digamos algo de los anteojos de Merckleim.

Cada vez que leais este nombre es bien que recuerdeis la antigua casa Beautain, que goza de una reputacion europea por sus instrumentos de óptica. Mr. Merckleim ha sucedido á Mr. Beautain, y sostiene dignamente la gloria artística de la fábrica. La moda le debe los anteojos con cuentas de colores, con esmalte florentino y egipcio,

los de azabache, los de madera esculpida, y los de palo de rosa con medallones Watteau. Beautain ha destronado el clásico antejo de marfil, de nácar y de carey.

Todas las damas elegantes no miran á nadie á la orilla del mar con sus dos ojos. Esto sería de mal tono y de mal gusto. El antejo es tan útil como el pomito, como el abanico y como la sombrilla.

En verdad sería necesario un page para llevar todos los accesorios de coquetería indispensables á una mujer que sigue la moda.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de gro azul con dos listas del mismo género blanco, tegidas con flores celestes y espigas de trigo: á los lados dos flecos azules separados el uno del otro: monillo escotado y mangas cortas. Chaqueta blanca de muselina con cintas de terciopelo. Brazaletes con medallón y brazaletes de torzal. Guantes de seda rosa té. Sombrilla-abanico oriental de gro azul forrada de blanco y fleco azul: escapela de cinta encima de la sombrilla. Sombrero de crespon forrado de azul y adornado con flores celestes y espigas. Albornoz de cachemira blanco rodeado de un precioso fleco con capuchon y á la punta una gran borla.

SEGUNDO FIGURIN.

Trage de gro violeta con tres grandes volantes formando como tres enaguas, adornado cada uno de tres hileras de fleco de borlas y bellotas: monillo sin faldetas con el mismo adorno de los volantes: mangas con tres volantes. Cuello de muselina bordado y buches de la misma muselina sujeto con un puño vuelto. Guantes de seda paja. Sombrero de tul blanco y blondas; al lado unas plumas: en el interior á un lado, moño de cinta rosa y al otro, rosa de Bengala.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

ADORNOS DE SEÑORAS.

- N. 1 Sombrero de crespon y tafetan de dos puntos de color, cubierto de una gran blonda formando velo, adorno sobre el fondo y guarnicion del *bavolet*: á un lado ramo de plumas sujeto por un buche de blonda.
- 2 Capota de crespon con franjas de lo mismo sujetas por un nudo y adornos de flores por dentro y fuera.
- 3 Papalina de muselina guarnecida de *Valenciennes*: cabos largos terminados por un embutido, y guarnecidos tambien con encaje *Valenciennes*: nudo sobre la cabeza y sobre la abertura del *bavolet*: en los costados dos moños, uno de *Valenciennes* y otro de cinta, alternando.
- 4 Id. en muselina con buches de lo mismo formando cuadros con encaje de *Valenciennes* y nudo de cinta á cada lado.
- 5 Id. de blonda guarnecida de una cinta desflecada y adornada con cinta estrecha de terciopelo formando cuadros.
- 6 Id. de tul adornada de cinta estrecha de terciopelo negro con un nudo de cinta ancha en medio: *bavolet* formando aureola guarnecido de cinta desflecada: á cada lado buches de blonda y cinta: cabos largos.
- 7 Toquilla de muselina, abierta por delante, adornada de un embutido rodeado de un *Valenciennes* fruncido y guarnecida con dos faralaes bordados.
- 8 Mangas de muselina con buches separados por anchos embutidos bordados.
- 9 Id. de id. con buches formando conchas que cubren toda la costura: estas conchas deben hacerse en disminucion de bajo á alto del brazo.

PATRONES.

Monillo liso con pequeña berta á pliegues, cubriendo la costura del delantero botones pequeños, con los cuales está guarnecida la túnica. La manga es corta y ancha, estando la abertura sujeta por abajo con pliegues y por arriba cubierta con un *jockey* cosido por den-

tro á una cinta: el puño vuelto y cerrado como el *jockey*. (Véase el núm. 17.)

N. 10 Delantero.

11 Costado del dicho.

12 Espalda.

13 Costado de id.

14 Manga.

15 Jockey.

16 Puño.

17 Conjunto.

BORDADOS.

N. 1 á 3 Cuello, puño y guarnicion: punto ligero. (*Véase la explicacion de él en el núm. 14 de este año.*)

4 Cuello mosquetero: al pasado formando las estrellas con un embutido estrecho. Este cuello es de última moda.

5 Mitad de un cuello: al pasado ligero.

6 y 7 Capillo para niña: feston.

8 Gran escudo: feston, bordado inglés, ojetes y las rosetas al pasado.

9 Guarnicion para funda de almohada y sábana: id. id. id.

10 Ramo: al pasado pudiéndose bordar sobre moiré ó satén.

11 Embutido: bordado inglés y al pasado.

12 y 13 Gorro griego: id. al cordoncillo.

14 y 15 Cuello y mangas: feston.

16 Cuello para niña: id.

17 Esquina para pañuelo de niña: al pasado.

18 Escudo con las iniciales L. H: feston.

19 Corona de fantasía: al pasado.

20 y 21 Ojales para camisa de hombre: id.

22 Escudo: feston ó al pasado.

23 Id. con las iniciales L. R.: feston.

24 C. P.: feston.

25 V. R.: id. ó al pasado.

26 Rosa: al pasado.

27 Angel: id.

28 D. S.: id.

29 V. L.: id.

30 M. C.: id.

31 M.: id.

32 V. K.: id.

LÁZARO ESTRUCH.

CECILIA.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON EUGENIO DE OCHOA.

(CONTINUACION.)

A medida que iba creciendo en años, crecía Cecilia en hermosura de un modo asombroso; sus rasgados ojos tenían el matiz verdinegro de un agua muy profunda, según la espresion de Frumencio; y, nuevo primor, tenía un lunar, tamaño como una lenteja en el labio izquierdo, lunar que daba mayor realce á la tersa blancura de su cutis. Y con ser tanta, aquella hermosura era nada todavía en comparacion de la de su alma: era tan generosa cuanto egoísta era su padre, lo cual no es poco decir. Cecilia se impuso la tarea de equilibrar á los ojos de Dios la suma de bien y de mal que tenía el hogar doméstico, y á fé que su padre no la dió poco que hacer! Sin embargo, llegó á adquirir un verdadero dominio sobre él: el avaro tenía la mirada profunda y al mismo tiempo cariñosa de su hija.

Frumencio, que tenía diez años menos que Roberto, no pudo impunemente ver todos los días á Cecilia y se enamoró de ella. El amor, en cuanto penetra en cualquier parte, quiere reinar solo, por lo cual emprendió cruda guerra contra la avaricia en el corazón de Frumencio. Roberto lo conoció: aquel estado de cosas tendía á comprometer los intereses de la asociacion mercantil. Era preciso tomar un partido decisivo y pronto.

—Cecilia se casará con Frumencio, dijo, y al mes estará curado.

Cecilia rehusó al principio, Roberto volvió á la carga una vez, dos, diez: irritado por la resistencia, se hizo duro y malo. Su hija conoció que si seguía obstinándose comprometería los frutos de sus esfuerzos pasados y el bien que esperaba de ellos: por último, un día que se trataba de la ruina de una honrada familia de comerciantes, cuya suerte se hallaba en manos de su padre, este respondió á las instancias de Cecilia:—Pues cástate con Frumencio y haré lo que desees; sinó, no.—Consiento! respondió la niña, y se casó con Frumencio. Pobre Cecilia! su tarea había doblado; ahora tenía que formar contrapeso á aquellos dos egoísmos... Su corazón no flaqueó.

Ocho meses después de su casamiento, Cecilia estaba en cinta y muy adelantada en su embarazo cuando llegaron los días de su marido. Ya sabemos que con este motivo le había bordado un bolsillo: sobre él se veía escrito con avalorios de oro la palabra *generosidad*.—Frumencio guardó la bolsa en un cajón de la mesa.

Poco tiempo después, Cecilia le dijo:

—Frumencio, se acerca el día de mi santo, y tengo tristes presentimientos. Hagamos algo que sea agradable á Dios para que su bondad me saque con bien...

—Si puedo...

—Es cosa muy fácil. Tráeme el bolsillo que te he dado, y di á mi padre que suba contigo. En el almacén debe estar.

Un momento despues volvió Frumencio seguido de su suegro.

—Padre mio, dijo Cecilia, ya es tiempo de llevar á ejecución la promesa que me ha hecho Vd. muchas veces; y tú tambien, Frumencio.

—Qué promesa?

Cecilia enseñó el bolsillo é hizo brillar á los ojos de los avaros la palabra *generosidad*. Ambos volvieron la cabeza.

—Me habeis prometido llenarla un día y dejaros guiar por mí para vaciarla.

—Llenarla? dijo Frumencio.

—Sí; y si me quereis, si os interesa mi salud, mi dicha, hoy mismo cumplireis vuestra promesa.

Cecilia redujo á los dos avaros; y al cabo de sacrificios inauditos, les arrancó á cada uno cien francos. Los dos sudaban la gota gorda.

—Gracias, les dijo; gracias. Está noche me las dareis á mí. Es cosa convenida: despues de comer, saldremos los tres juntos para gastar nuestros 200 francos á mi gusto.—Y cuando ya se retiraban añadió con una sonrisa celestial:—Ya sabeis que me habeis prometido hacer todos los años otro tanto.

A la hora de comer, Cecilia se presentó vestida en traje de paseo. Su rostro estaba radiante de alegría; nunca su padre y su marido la vieron mas animada y cariñosa con ellos. Mientras acababan de comer y durante el largo rato que estuvieron de sobremesa, complacidosísimos, ella pasó á la sala y les tocó al piano una pieza llena de la mas suave melodía, un trozo de música en el que echó toda su alma. Aquel fué el canto del cisne.

—Ya estoy lista, dijo en seguida con la sonrisa en los labios, y enseñándoles el bolsillo.

Roberto y Frumencio se pusieron los sombreros; pero en el momento de poner Cecilia la mano en el pestillo de la puerta, se estremeció toda y su rostro se cubrió de una mortal palidez. Acababa de sentir los primeros dolores del parto: no fué posible salir.

Al día siguiente murió Cecilia despues de haber dado á luz una niña, murió teniendo asidas en las suyas las manos de su padre y de su marido, que acababan de jurarla que cumplirían escrupulosamente su juramento.

Frumencio desesperado en los primeros momentos, no vió en su hija mas que la causa de la muerte de Cecilia; ni siquiera quiso mirarla y la hizo llevar inmediatamente á casa de una nodriza al campo. Ya sabemos cómo cumplió en lo sucesivo sus deberes de padre. Muerta Cecilia, su provechosa influencia fué borrándose por días: el mal espíritu de avaricia y dureza volvió á apoderarse con mas fuerza que antes de aquella casa,

cada vez mas triste, mas enojosa y glacial. El polvo lo invadió y cubrió con un velo gris el piano ya siempre mudo.

Pocos años despues nuestros avaros se retiraron del comercio, encerrándose en un círculo de monótonos y sórdidos hábitos de vida, en los cuales vegetaron miserablemente hasta el 26 de octubre, día en que empieza nuestra historia.

Comprendes ahora, oh lector, la turbación, el estremecimiento, el espanto mas bien de los dos avaros? Acababan de ver á Cecilia,—á Cecilia muerta: aquella pobre mujer que se había sentado en la punta de su banco... era ella. ¿Cómo dudarlo? El gas iluminaba de lleno su rostro, y no era posible que Roberto y Frumencio desconociesen aquel hermoso y descolorido semblante, aquellos rasgados ojos verdes como un agua muy profunda y un lunar junto á la boca.—Los dos viejos se retiraron temblando bajo aquella impresion: no tenían costumbre de retirarse tan temprano.

Las tinieblas del desierto callejón en cuyo fondo vivían les dieron miedo aquella noche, por lo que se apresuraron á meterse en su casa y cerrar la puerta como si los fueran persiguiendo. El ruido que hizo al cerrarse les pareció de siniestro agüero: entrado que hubieron, se hallaron en un largo corredor inmediato al antiguo almacén de la casa Roberto y Compañía, que á la sazón estaba vacío y pronto á alquilarse.

La mas profunda oscuridad reinaba en aquel corredor: la niebla que había penetrado en él le comunicaba un fuerte olor á humedad, sumamente desagradable. Roberto encendió una palmatría y mientras iban andando, sus sombras gigantesas oscilaban en las paredes á cada movimiento de la llama. Aquel corredor iba á parar á un patio en cuyo fondo se levantaba la casa, mansion de nuestros avaros, dominada por las altas tapias de las casas circunvecinas.

Aquel patio, en tiempo de Cecilia, formaba un jardinillo lleno de rosales, del que no quedaban ya mas que un poco de yerba agostada y dos yedras que cubrían las tapias hasta bastante altura, formando un fondo oscuro, sobre el cual debía destacarse fácilmente un objeto cualquiera, que no lo fuese tanto; así fué que á la primera ojeada, al cruzar el patio, nuestros avaros divisaron una gran figura inmóvil arrimada á la tapia y cubierta de vedra. Roberto puso su mano izquierda á guisa de pantalla entre él y la llama, y vió, lo mismo que Frumencio, el espectro de Cecilia, tal cual acababa de aparecersele junto al banco en la plaza. En aquel instante una bocanada de viento les apagó la luz.

Con un impetuoso terror subieron los tres escalones exteriores que conducían á la puerta, la cual estaba entornada, circunstancia singular: como entraron muy á prisa y á oscuras, Roberto se pegó un recio encontrón contra la baranda de la escalera.

—Pedro! bruto! animal! gritó, como queriendo suplir el valor con la violencia.

Pedro, todo aturrullado, salió de una pieza

del cuarto bajo con una vela en la mano. Frumencio se la arrancó y subió precediendo á su suegro.

Pedro, hermano de leche de la hija de Frumencio, era un mozo como hasta de veinte años, pero chiquitín, enteco y tan apocado que nadie le hubiera dado arriba de quince: inapto para las faenas del campo, sus padres habían tenido á mucha dicha que Roberto y Frumencio hubiesen consentido en tomarse á su servicio. No le daban salario, ni mas que la comida y la ropa, pero ¡qué comida! ¡qué ropa! En mas de siete años que llevaba en aquella casa no había oído una palabra afectuosa ni visto una sonrisa; el infeliz vivía en perpetua sujeción, maltratado, escarnecido á cada instante, lo cual no era obstáculo para que Roberto y Frumencio se maravillasen de que tuviese el pobre tan poco desarrollado el entendimiento.—Bruto! animal! eran palabras que nunca se les caían de los labios.

Al entrar en el corredor se dejaron caer en sus acostumbrados sillones de baqueta con tachuelas doradas. Iguales sentimientos les agitaban; ninguno de los dos se atrevía á comunicar al otro sus terrores.

Roberto decía allá en sus adentros:—El frío me ha penetrado el cuerpo: la niebla es muy dañosa y tengo algo de calentura; la calentura trastorna siempre mas ó menos el cerebro... es cosa sabida... y entonces cree uno ver una multitud de cosas... Apuesto á que Frumencio nada ha visto.

Frumencio, despues de pasearse muy agitado de arriba abajo durante algunos instantes, se paró delante de Roberto y le dijo:

—¿Cree Vd. en los aparecidos!...

La respuesta espiró en los labios de Roberto, el cual perdió toda su serenidad conociendo que tambien Frumencio había visto lo que él.

A la siguiente vuelta, Frumencio se paró de nuevo y dijo:

—Siento que no diera Vd. el cuarto á la niña.

—Tambien yo lo siento.

—Acaso estaríamos mas tranquilos á la hora esta.

Y Frumencio prosiguió su paseo.

—La verdad es, dijo Roberto al poco rato, que el tal cuarto me pesa en el bolsillo como una bola de plomo. Si, me alegraría de habérselo dado á la chica.

Esto diciendo sacó el cuarto del bolsillo y lo dejó en la esquina de la mesa.

—Uf! exclamó limpiándose el sudor de la frente, ¡qué cosa tan rara! Mire Vd., Frumencio, mirele Vd... reluce como un ascua.

—¡Que simpleza! dijo el otro sin atreverse á mirar... esos cuartos relucen así porque se acuñaron en tiempo de la revolucion con metal de campanas.

—Eso es... si... con metal de campanas.

Estas palabras sumergieron á Roberto en un nuevo orden de ideas: parecióle que el cuarto empezaba á moverse lentamente en la mesa como

antiguamente se había mecido bajo otra forma en algun alto campanario. Parecióle oír un ruido de bronce batido apenas perceptible al principio y que luego iba creciendo, creciendo poco á poco hasta convertirse en una voz que cantaba: «Siendo campana doblé en los aires,—doblé el toque de oracion,—de oracion por los vivos y por los muertos... ¡por los pobres muertos! Ahora que soy cuarto voy corriendo el mundo, del rico al pobre... soy la moneda del pobre... me gusta pagar su pan. Las bolsas de los avaros son mis cárceles... Libértame.»

El ruido, ya tremendo, atronaba los oídos de Roberto, que con toda su fuerza se apretaba la frente con las manos.

—¿Lo oye Vd., Frumencio, lo oye Vd.? está hablando de oracion... de los pobres!... Suena mas que una campana ese cuarto... me parte la cabeza! Libérteme Vd. de él... tírelo Vd. á la calle... hágame Vd. ese favor!

Frumencio abrió rápidamente la ventana que daba á un angosto callejon y fué á cojer el cuarto: con la prisa de deshacerse de él, pues no parecia sino que le abrasaba la mano, la arrojó desde la mitad de la estancia; pero el cuarto dió en un barróte de la reja y en vez de caer á la calle, rebotó con estrépito en el suelo, y rodó en seguida describiendo medio círculo: en el momento en que el pié de Frumencio iba á alcanzarle desapareció en una rendija del piso entre dos tablas: el piso era de maderas muy viejas y rajadas, por manera que Frumencio, haciendo incapié para detener el cuarto, no logró mas que encajarle mejor en la rendija. Encendido de cólera, mientras Roberto estaba lívido, cogió la luz y se bajó á mirar y á escarbar con las uñas para sacar el cuarto; pero en vano. Roberto probó á hacer lo mismo con un cortaplumas, pero al primer esfuerzo, saltó la hoja. Frumencio á su vez quiso probar con un cuchillo y de puro aturdido se hizo una cortadura en un dedo.

—El diablo le lleve! exclamó arrojando el cuchillo y levantándose.

En aquel momento acudió Pedro á poner la mesa: dijéronle que cerrase la ventana y Frumencio se hizo dar un vaso de agua para remojarse el dedo lastimado.

—Roberto, dijo ya mas sosegado dejando sangrar su herida, verdaderamente nos estamos conduciendo como unos chiquillos, porque á poco que se discurra, todo esto se explica muy bien. Esta tarde hemos hablado de Cecilia... se nos ha calentado la cabeza con ciertos recuerdos... Añádase á esto una semejanza fortuita, una ilusión de los sentidos, el influjo de la atmósfera, tal vez un poco de calentura.

—Si, lo que es yo tengo calentura.

—No se necesita mas para trastornarle á uno el cerebro y atronarle los oídos. Ahora, que ese cuarto haya ido á dar en la reja y venido rodando á meterse en esa rendija, que á Vd. le haya roto su cortaplumas y yo me haya cortado el dedo... qué hay en esto de sobrenatural?

—Nada seguramente. Por manera que Vd. no cree...

—Una cosa creo... y es que el recuerdo de Cecilia nos ocupaba demasiado; con razon ó sin ella esta es la verdad.

—Pobre máquina es por cierto la cabeza del hombre!

—En fin, repuso Frumencio, pues que nuestro espíritu está enfermo, tratémosle como á enfermo.—¿Cuál es nuestro mal? Vd. y yo andamos inquietos por no haber dado todos los años, como queria Cecilia, algunos cuartos á los pobres! una tontería, una architontería de su parte; pero qué quiere Vd.? así es: nuestro mal es este. Nada mas fácil pues que el remedio... bastará que demos de vez en cuando algunos cuartos á los pobres, y quedaremos completamente en paz con nosotros mismos.

—Creo que tiene Vd. razon, dijo Roberto.

Ya ves, lector, que Frumencio sabia discurrir cuando llegaba el caso. Con unos pocos cuartos creian quedar en paz, los muy avaros!... y sin embargo, tal es la influencia de un solo átomo de caridad, esta simple resolucion los reanimó, les alivió mucho el espíritu.

—Hay que advertir tambien, añadió Frumencio envolviéndose el dedo en una punta del pañuelo, que tenemos el estómago vacío y que nada predispone á las alucinaciones como el hambre.

Y con esto se sentaron á la mesa.

—Una idea se me ocurre, dijo Roberto un momento despues; si en celebridad de ser hoy sus dias de Vd. nos bebiésemos una botellita de lo añejo á su salud... eh?... No lo hacemos á menudo.

No, ciertamente, no lo hacían á menudo.

—Voy por ella, añadió encendiendo su palmtoria; entretanto, Vd. aderezará la ensalada y sacará de la alacena el pedazo de queso de bola y el tarro de dulce.

Aquello era una verdadera orgía! el queso duraba hacia seis meses: en cuanto al tarro de dulce, cuatro años traía de fecha. Lo compraron en ocasion de hallarse Roberto enfermo.

Decir que este bajó á la cueva sin inquietud seria faltar á la verdad; sin embargo no tenia mucho miedo. Cantando entre dientes bajó la escalera, cantando eligió la botella; luego se le ocurrió que no se habia tocado á aquel vino desde la muerte de Cecilia; entónces dejó de cantar y subió muy despacio. Halló entornada la puerta de una pieza del piso bajo, y adelantando por ella la cabeza y la luz:—¿Estás ahí, Pedro? preguntó.

Pedro no estaba allí, pero lo que Roberto vió perfectamente fué la imágen de Cecilia sentada en un rincon, en el fondo sobre unos haces de leña. Retiróse á toda prisa como si nada hubiera visto y subió rápidamente la escalera; dejó la botella en la mesa y se dejó caer sin aliento en su sillón.

—Frumencio! está en casa... se lo aseguro á Vd. Acabo de volver á verla en la leñera.

—Bah! se le ha metido á Vd. esa idea en la cabeza y no es mas que efecto de una inflamacion de la sangre: se lo he demostrado á Vd. claro como la luz. Una copita de este vino va á reponerle á Vd... ¿Sabe Vd., Roberto, que esta botella tiene veintidos años?

Frumencio le echó una copa.

—A la salud de Vd. pues, ya que son sus dias! dijo Roberto, y se echó la copa al cuerpo de un trago.—Qué aromal qué calor! verdaderamente que si todos los dias lo probáramos, creo que nos habia de alargar la vida.

Ah! era en efecto un vino generoso, de lo mejor, tan generoso que ya se iba llevando de vencida la estúpida parsimonia del avaro.

—¿Pues hemos de esperar á morirnos para bebérnoslo? repuso Frumencio.—Así somos los hombres: nos privamos de todo, ahorramos, destruimos nuestra salud, guardamos, atesoramos, no disfrutamos nada, nos hacemos odiosos.

—Cierto, cierto, ciertísimo! exclamó Roberto, cuyos ojos se iban animando. Se sacrifica uno, no tiene una persona que bien le quiera... y luego el dia ménos pensado viene la muerte y hay que dejarlo todo á los demás...

¡Noble, excelente vino! otra copa mas se bebieron los dos avaros y ya se disponian á continuar en el mismo tono, cuando se exhaló del piano en la sala inmediata una sonora y triste nota... Desde la muerte de Cecilia nadie habia tocado el piano.

Estremeciéronse Roberto y Frumencio y se pusieron á escuchar, pero nada mas volvieron á oír.

—Por mi vida, exclamó este último, que parecemos unos niños. Otra copa, Roberto, y vamos á ver que es eso. Apuesto á que no es mas que una cuerda del piano que ha saltado.

—Por supuesto... eso debe ser.

Frumencio cogió la lámpara y seguido de Roberto entró en la sala, pero al primer paso se pararon atónitos. El piano estaba abierto.

—Cecilia está en casa, murmuró Roberto.

Frumencio, poco tranquilizado, fué á dejar la lámpara sobre la chimenea, cuando de pronto retrocedió al ver un objeto que relucia sobre el mármol.

—¿Qué es eso? diga Vd., Roberto... á mi se me turba la vista.—No es ese el bolsillo, el bolsillo perdido, el bolsillo de Cecilia!... Sí, lo es... Roberto, vámonos de aquí.

Y salieron andando hácia atrás, temblando, sosteniéndose apenas uno á otro.

Espues de un breve momento de terror, Frumencio recobró el animo y exclamó resueltamente.

—¿Sabe Vd. lo que hay que hacer, Roberto?

—¿Qué?

(Se continuará)

SINONIMOS CASTELLANOS.

ANEGAR, INUNDAR, SUMERGIR.

Anegar es invadir el agua casas ó campos en términos de destrozar, ó dejar yermo ó inhabitable por más ó ménos tiempo cuanto halla á su paso ó no puede resistir á su impulso.

Inundar es caer el agua en copiosa lluvia, ó derramarse por campos y poblaciones saliendo de madre los arroyos y rios; pero sin causar tantos estragos como los que indica el verbo *anegar*. No todo lo que se *inunda* se *anega*, y hasta beneficiosas en alto grado son para la agricultura algunas *inundaciones*, como las periódicas del Nilo.

Sumergir es cubrir las ondas literalmente animales ó edificios, naves ó terrenos, ó de propósito hacer el hombre lo mismo hasta donde sus fuerzas lo consienten; pero si con propiedad se dice que una persona ha *sumergido* á otra, ó se ha *sumergido* á sí misma, ó ha *sumergido* un objeto inanimado, en el Sena ó en el Bétis, no hay propiedad en decir que *anega* ó *inunda* un mueble ó á un individuo.

En sentido más ó ménos figurado, los ojos de una madre, afligida por la muerte del hijo adorado, se *anegan* en lágrimas, y las lágrimas *inundan* su rostro; pero ni los ojos se *inundan* ni el rostro se *anega*, y mucho ménos se *sumergen* ni el rostro ni los ojos.

Puede, no obstante, decirse, y se dice por hipérbole, refiriéndose á un ser humano, y aún á pueblos enteros, que están *anegados* ó *sumergidos* en llanto, *inundados* de lágrimas.

Sin duda por evitar una especie de pleonasmo, no se acude al verbo *inundar* en significacion de las calamidades que dentro de sus poderosos y naturales dominios producen ó contribuyen á producir las *ondas*. Un navío que en alta mar corre tormenta, ó al cuál se la hace correr á cañonazo el enemigo que le combate, se *anega* ó se *sumerge*, más no se *inunda*.

APACIGUAR, PACIFICAR.

La accion del primer verbo es ménos importante, de ménos trascendencia que la del segundo, aunque sea comun á entrambos la idea de poner *paz*.

Se *apacigua* á dos ó más personas que están riñendo, á un pueblo alborotado; pero aunque por de pronto se ha puesto en *paz* á los que reñían y á los que tumultuaban, no hay seguridad de que la *paz* sea duradera.

Pacificar es ya otra cosa: en primer lugar, no se usa para quimeras, disensiones y rencillas privadas ó de poca monta: no se *pacifica*

v. g. á dos cuñadas que se injurian y se arañan, á cuatro borrachos que se pelean y alborotan el cotarro; á aquellas y á estos se les *apacigua*. La pacificacion no es obra de un alcalde de barrio ó de un cabo y cuatro soldados; es empresa de un general vencedor, de un príncipe ó de un gobierno, que suceden con mejores condiciones morales y gubernativas á los que tuvieron la desgracia ó la culpa de ver turbado el sosiego de los pueblos; y de pueblos enteros se trata, ániquilados por la discordia y la guerra, cuando se aspira á *pacificarlos*.

Pacificar no tiene más que una acepcion; la ya dicha; *apaciguar* se usa muchas veces en sentido metafórico: se *apaciguan* las olas, el viento, el dolor, la ira, etc.

APAGAR, EXTINGUIR.

El resultado de la accion material de estos verbos es ordinariamente uno mismo: con *apagarse* ó con *extinguirse* deja de arder lo que estaba encendido; pero el uso dando más fuerza al segundo que al primero, no quiere que se diga *extinguir* una luz, sino *apagarla*; soplar para que no se *extinga*, sino para que no se *apague* la lumbre del hogar.

Además, con la *extincion* se da á entender siempre que se acaba del todo el fuego; y no siempre se expresa lo mismo con decir que se ha *apagado*. Arde, por ejemplo, una casa; con agua, derribando tabiques y por otros medios se logra *apagar* el incendio en términos de no ser ya temible que se propague á las inmediatas; pero aún humea entre los escombros algun mueble, algun madero, en los cuales no ha cesado del todo la accion del fuego dando indicios de haberse *extinguido*.

En alguna acepcion metafórica no se diferencian la significacion de *apagar* y la de *extinguir*. Se *apaga*, ó se *extingue* la vida, *apagar* ó *extinguir* los odios, las discordias, decimos indistintamente; pero en otras conserva el segundo verbo la misma condicion que en el sentido recto; esto es, la de ser más completa, más radical la accion que la de *apagar*. Decimos que se *extinguen*, no que se *apagan*, una orden monástica, una dinastía, una raza.

APREMIANTE, PERENTORIO, URGENTE.

Apremiante es lo que insta de manera que no consiente la menor dilacion; *perentorio* lo que en tiempo dado se debe ejecutar; *urgente* lo que conviene hacer cuanto ántes, pero permite alguna espera, algun respiro.

No es, por consiguiente, tan del momento, tan ejecutivo lo *urgente* como lo *apremiante*,

que supone una necesidad indeclinable, ó la presencia, ó el imperioso mandato de alguno que ejerce predominio ó coaccion sobre nosotros; al paso que lo *perentorio*, aunque no se pueda excusar sin exponerse á perjuicios ó daños, no los presenta tan inminentes, tan á la vista.

Al que no cumple lo que para un plazo improrogable, esto es, *perentorio*, estipuló, le queda la esperanza de que se oigan sus disculpas y sus súplicas se atiendan para obtener alguna moratoria, ó siquiera libertad para ver de atenuar en lo posible las consecuencias de su morosidad; no ve pendiente sobre su cuello la espada de Damócles como el *apremiado*.

Se distinguen tambien estas voces en que lo *urgente* y lo *apremiante* se refieren sólo á la actualidad; lo *perentorio*, á lo presente y á lo venidero. *Son*, pero no sabemos si *serán urgentes* una medida, un remedio; nos *apremian hoy*, pero es posible que no nos *apremien mañana* la fuerza, la justicia, el hambre; *hoy* se nos señala para pagar una deuda, desocupar una habitacion, etc. cierto término fijo, *perentorio*, que sigue siéndolo hasta que espira.

ARBOLILLO, ARBUSTO.

Diminutivas de la palabra *árbol* son estas otras, con la diferencia de que *arbolillo* (y lo mismo *arbolito*, *arbolico* y *arbolejo*) representan un diminutivo *temporal*, y *arbusto* lo es *siempre*; pero no, como *arbolillo*, con relacion á las plantas de su especie, sino sólo en comparación con la otra planta más robusta y de naturaleza análoga, no idéntica, que llamamos *árbol*.

En el concepto de pequeñez y poca consistencia, se puede decir que un *arbusto* es un *arbolillo*, y esta es la única sinonimia que cabe entre ambos nombres; pero á un *arbolillo*; esto es á un *árbol* nuevo, nunca se le podrá llamar *arbusto*, porque eso sería confundir sus distintas condiciones. El *arbusto*, aunque se caiga de viejo, no puede llegar á ser *árbol*, y lo es á su tiempo el *arbolillo*, si no se desgracia, como se hace hombre el niño cuando tiene la edad competente.

Nada de esto ignoran las personas instruidas, pero hay otras que, ménos versadas en su idioma, llaman indiferentemente *arbusto* ó *arbolillo* á toda planta *arbórea* cuando la ven delgada ó poco crecida; y si únicamente para los doctos se escribieran artículos de sinónimos, de más estarían muchos de los publicados hasta el día, y desde luego todos los míos.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

ARTICULO CUARTO.

Nacimiento de Rosa.—Desgracia.—Caractéres de Angela y Rosa.—La nueva casa.—Primera educacion de las dos niñas.

I.

Dos años acababa de cumplir Angela, cuando su madre la dió una hermana, y poco tiempo despues la desgracia descargó su mano sobre aquella familia.

Púsosele á la recién nacida el nombre de Rosa, y en verdad que nunca fué mejor aplicado, porque era tan bella como la flor cuyo nombre llevaba.

El nacimiento de esta niña hizo peligrar gravemente la vida de Magdalena, y fué preciso, por lo tanto, buscar una nodriza, sin que la pobre madre se apercibiese siquiera de una medida, á la cual se hubiese opuesto con todas sus fuerzas, si su estado no hubiera sido tan deplorable.

Durante dos meses permaneció la joven madre al borde del sepulcro: su naturaleza, muy débil de sí, sucumbía al rigor de sus padecimientos, y no salía del sueño letárgico, que la hacia asemejarse á un cadáver, mas que para caer en un doloroso delirio.

Venció por fin su juventud; y, tras tantos días de amargura, llegó uno en que el Sr. G... vió con una alegría inmensa que los ojos de Magdalena reflejaban una centella de vida; y la primera accion de esta fué echar sus brazos al cuello de su esposo: su primera palabra preguntar por sus hijas.

La nodriza trajo á las dos á su presencia: ya contaba Rosa dos meses, y aun no habia recibido ni una caricia de su madre.

Los ojos de la pobre enferma se llenaron de lágrimas al ver á su hija en los brazos de una nodriza; pero su natural delicadeza selló sus labios, y se contentó con acariciar entre llanto á sus hijas, estrechando á entrambas sobre su corazon con igual ternura, y con el mismo afán que si hubiera estado privada de su vida durante largos años.

No tardó en conocer Magdalena que la mujer á la cual habian encomendado su hija, era una de esas mujeres groseras y egoistas, que tanto abundan en su clase; pero su dulzura y talento supieron vencer pronto los inconvenientes, si bien resignándose á un sufrimiento continuo y completamente ignorado.

Con el pretexto de descansar en lo posible á la nodriza, rogó á esta que trasladase su cama á su misma alcoba: de este modo pudo velar por la pobre criatura, á la cual, el pesado sueño de la nodriza privaba muchas veces del preciso alimento. Magdalena, con una paciencia evangélica, la movia suavemente para despertarla, ó ponía á la niña junto al pecho de la nodriza, pudiendo Rosa satisfacer así su necesidad sin que aquella despertase.

Cuando Magdalena pudo levantarse, estableció el mismo método de vida que habia tenido y que seguia siempre con Angela: solamente habia la diferencia de que antes bordaba ó leía junto á una cuna y ahora leía ó bordaba sentada entre dos: ella vestía y desnudaba á Rosa lo mismo que á Angela: ella espío el primer acento de sus labios, y recibió su primera sonrisa y su beso primero: ella la dormía en la cuna con la tierna y melancólica canción, que conocemos, y ella rodeó su cuna de flores y pájaros y sus sueños de música y poesía.

—¿Para qué pagas entonces la nodriza? solía preguntar á Magdalena su padre, cuyo carácter grosero, díscolo y regañón se habia hecho aun mas insoportable desde que la decrepitud habia sustituido á la vejez.

—Padre mio, contestaba Magdalena dulcemente, la pago solo para que dé á Rosa el alimento que yo no puedo darla, pero no para que me robe el placer de cuidarla y los sublimes goces del amor materno.

Rosa crecía hermosa y gentil: así como Angela era un retrato de su madre con sus dulces y rasgados ojos garzos, sus rubios rizos y su blanca tez, Rosa copiaba las facciones de su padre en sus grandes ojos azules oscuros, sus negros y rizados cabellos, y su tez morena y animada. Ambas tenían la nariz linda y delicada, la boca diminuta, inocente y risueña; bien arqueadas las cejas y luengas y ensortijadas las pestañas: sus frentes eran nobles y elevadas, y sus manos y piés, esa doble muestra de buen linaje, como dice Alejandro Dumas, (hijo) llevaban el sello de una perfección exquisita.

II.

Un inesperado disgusto aquejó de súbito al esposo de Magdalena: púsole pleito un pariente suyo acerca de unos bienes vinculados, que

formaban casi su fortuna entera; pero como toda alma noble ocultó su dolor á todos y en particular á su esposa, por ser la persona que mas amaba en el mundo.

No obstante el pleito seguía sus eternos y complicados trámites: el señor G.... empeñado ya en su honor, vendió una de las dos fincas que constituían el dote de su mujer para subvenir á los gastos que se le originaban, y le siguió con tesón durante seis meses.

Entre tanto las dos niñas crecían y se hacían cada día mas lindas; pero en los ojos de Rosa habia ido apareciendo una chispa de malicia y travesura, que hacia un singular contraste con el angélico candor, que retrataba el rostro de su hermana: sus caracteres eran tambien ciertamente opuestos; el de Angela era dulce, reposado y demasiado melancólico: el de Rosa travieso, turbulento y un tanto terco: la una buscaba con ansia las caricias de su madre, y su delicia mayor era tener apoyada su cabeza en el seno de Magdalena mientras esta leía: la otra huía del regazo materno para jugar con el gato y tirar de los largos rizos de su hermana.

Así pasaron los seis meses que duró el pleito, que al fin perdió el señor G... saliendo además condenado en costas, para cuyo pago tuvo que vender la última finca que le quedaba del dote de su esposa.

No bien se hubo sentenciado el pleito, cuya vista presenció el señor G..., salió este del tribunal y se dirigió á su casa vacilante y trastornado: llevaba el cabello erizado y cubierta la frente de sudor, y su respiración era entrecortada y jadeante como el estertor de un moribundo.

Subió lentamente al cuarto de su mujer, y apoyándose en el marco de la puerta, soltó una lúgubre carcajada.

Era estío: Magdalena trabajaba sentada junto á un balcon abierto y entoldado de flores: Angela, sentada á sus piés, deshojaba una flor; y la pequeña Rosa, vestida ya de corto, jugaba con un grueso mastín, que habia comprado el señor G... para que fuese el amigo de sus hijas.

Estas y su madre llevaban batas blancas de muselina, asemejándose á una nevada paloma con su familia de pichones de nítido plumaje.

Al oír la risa seca y nerviosa del señor G.... palideció densamente Magdalena y se levantó, corriendo ansiosa á su lado.

—Todo lo he perdido!... todo!... todo!... gurguró aquel entre el ruido sordo de otra insensata carcajada; y cayó desplomado, á los piés de la infeliz jóven.

III.

Una demencia pacífica, pero profundamente triste, fué postrando desde aquel día al señor G.... que no conocía á nadie mas que á su mujer y á sus hijas, ni guardaba memoria de otra cosa que de la desgracia que le habia sumido en la pobreza: así pues, la pobre Magdalena supo esta desgracia por las frases incoherentes que su esposo dejaba escapar en medio de su delirio, y mas tarde por las muestras de conmiseración que la poblacion entera se apresuró á darle, al mismo tiempo que declamaba contra los manejos del vil, que les habia arrebatado su legítima fortuna.

«La justicia, (dice Fenimore Cooper) es la disciplina del pobre, y la espada del fuerte. Para los unos es un escudo; y para los otros es un arma, que constantemente amenaza sus pecados; en fin, la justicia es una palabra sublime en la lengua, pero una de las mas EQUIVOCAS en la aplicacion.»

Para la desgraciada familia de G... no fué solo *equivoca* sino completamente *nula*, la cual creo que sucede casi siempre, aun á riesgo de contradecir al célebre escritor americano.

Solo quedaba á aquellos infortunados algun dinero de sus ahorros y un censo sobre una casa solar de un lugar inmediato.

Por espacio de un mes velaron dos facultativos junto al señor G.... observándole atentamente y esperando proporcionarle algun alivio; pero al cabo de este tiempo se despidieron de Magdalena, declarando que, ante aquella terrible perturbacion mental eran ineficaces los recursos de la ciencia.

La dolorosa escena que voy á referir, y que mi madre me ha repetido muchas veces, tuvo lugar en un cuarto contiguo al del enfermo y en presencia de los padres y del hermano de Magdalena.

Al oír esta la despedida de los facultativos se levantó pálida como una estatua de alabastro, pero firme y digna: abrió un *secretaire* y tomó de él dos paquetes que contenian quinientos reales cada uno, únicos que habia en la gabela.

—Señores, dijo con sentido y dulce acento dirigiéndose á los dos doctores, que presintiendo lo que iba á suceder, se miraban con aire confuso: señores, no puedo pagar de otro modo los cuidados de ustedes por mi esposo que ofreciéndoles la seguridad de mi eterna y viva gratitud: hay ciertos beneficios que solo á Dios le es dado el poder recompensarlos.

Tembló la voz de Magdalena al pronunciar estas palabras, y dos gruesas lágrimas brota-

ron de sus ojos, desliziéndose por sus blancas megillas.

Los dos médicos se inclinaron profundamente para ocultar la emocion que se retrataba en sus semblantes.

—Ahora, prosiguió Magdalena con voz serena ya, suplico á ustedes que admitan esta pequeña muestra de mi agradecimiento, no como una recompensa sino como una memoria mia.

Los dos médicos retrocedieron escusándose noblemente á tomar el dinero.

Al ver que lo rehusaban, la palidez se hizo mas intensa en la frente de la jóven.

—Entonces, dijo, sacando de su dedo anular dos sortijas de esmeraldas y rubíes, únicas que se veían en sus manos; entonces, señores, espero de ustedes que me harán el favor de usar estas sencillas joyas, muy caras para mí, por haber sido una dádiva de mi esposo.

Los dos doctores tomaron las sortijas, eligiendo el mas anciano la de mas valor. Despues saludaron profundamente y salieron de la estancia.

Habian rehusado mil reales en dinero, y se llevaban cuarenta mil en pedrería.

Como este, se ven en la sociedad muchos rasgos de abnegacion y delicadeza.

Cuando hubieron desaparecido los médicos, Magdalena se apoyó desfallecida en un sillón.

—Hija mia, hija mia! qué has hecho? exclamó su madre abrazándola entre sollozos: esta mañana me dijiste, que contabas por todo recurso con el producto de esas dos sortijas!

—Pues conmigo no cuentas, gaturó su padre levantándose: cuando te casaste te di tu dote: luego he cedido la casa por entero á tu hermano, y tu madre y yo somos alimentistas suyos.

—Merecias por tu locura que te abandonase, dijo á su vez el hermano, que era un hombre de seis piés, de un abdomen colosal y de una voz de sochantre; pero, añadió irguiéndose é hinchándose como un pavo, por compasion á tus hijas te señalaré ciento sesenta reales cada mes.

Al oír estas palabras se levantó Magdalena tranquila, digna y serena.

—Gracias, padre mio, por el buen deseo de usted, dijo con voz reposada; gracias, hermano mio por tu oferta; pero no necesitas ponerla por obra: rehuso tus socorros, sin que por eso deje de apreciar en lo que vale tu generosa intencion.

—Pero, hija mia, ¿con qué vas á vivir? exclamó su madre acongojada.

—Tengo con que vivir, madre mia, contestó

la jóven sin perder su dulce y digna calma; y además sé trabajar.

Al decir estas palabras salió del aposento y se dirigió al de su esposo.

—Hija mía! tú vas á perecer y yo nada puedo darte! exclamó la pobre madre que la habia seguido llorando.

—Aun puedo contar con algun dinero y con veinte pesos que me da cada mes el censo que poseo, madre mía, contestó Magdalena; además, abrigo la certeza de que Dios no me abandonará.

Y esto diciendo se sentó junto al sillón de su esposo, que al contemplarla, dejó ver en sus labios una sonrisa triste é idiota, pero en la cual se traslucía una espresion de bienestar.

IV.

Magdalena empezó el arreglo de su casa despidiendo á su doncella, á un criado y á otra muchacha, que estaba encargada del cuidado de las niñas, conservando únicamente á la cocinera y á la nodriza de Rosa.

En seguida vendió algunos muebles y alhajas, y se trasladó á una pequeña casita situada en un sitio muy solitario de la ciudad, y que por lo mismo adquirió por un alquiler muy módico: redujo á dinero toda la plata que poseía, escepto la necesaria para su servicio, é hizo lo mismo con algunas joyas de remoto origen que la habia dado su madre.

Su casita, recién blanqueada, carecía hasta de balcones: solo dos ventanas, cerradas con persianas verdes, se abrían encima de la puerta de entrada: las dos restantes daban á un jardín cuadrado, en cuyo centro se alzaba una frondosa higuera con toda la magestad de sus muchos años.

Una parra y una madreselva, plantadas al pié de las ventanas, las daban cortinas de flores, verdor y algunas uvas: en la tapia de enfrente, habia brotado entre las grietas una yedra silvestre, que subía hasta el final de ella estendiéndose en un lecho de trigo y de cebada verde, que habia brotado de las semillas caídas de los picos de los gorriones, calandrias y pardillos.

En uno de los ángulos mas sombríos del jardín, brotaba de la tapia un hilo de agua diáfana y cristalina, yendo á caer en un tosco pilón de piedra, entre cuyas quebraduras nacían yerbecillas y verde musgo: una canal, formada de tres tejas en declive, la hacia descender y rodeando el jardín con un pequeño arroyo iba á desaguar en un cauce, que la conducía lejos de aquel recinto.

Aquella casa acababa de dejarla un digno

y respetable sacerdote para irse á pasar al campo la primavera y el verano: la poesía y la religion son hermanas; y la casita, que hemos descrito, con su pequeño y pobre jardín, era lo mas poético que puede imaginarse, respirándose en ella al mismo tiempo un inesplicable perfume de pureza y santidad.

Cuando Magdalena se trasladó á ella con su familia, empezaba Abril: el extremo de la tapia comenzaba á bordarse de amapolas y margaritas, y la madreselva ofrecía las primeras flores.

Magdalena instaló á su esposo en el gabinete, cuya ventana entoldaba la vid; hizo colocar en él algunos cuadros que representaban escenas campestres, muebles sencillos y cómodos, una enorme jaula llena de pájaros cantores, algunas macetas de plantas olorosas y su piano, del cual no quiso deshacerse.

Ella pasó á habitar con sus hijas la salita, cuya ventana entoldaba la madreselva: adornóla con colgaduras de muselina blanca, sillas de paja, una mesa de labor, y un velador para tomar el té. Una sala inmediata servía de dormitorio, y en ella se veían una cama cubierta de cortinas oscuras para la nodriza, otra velada por cortinas blancas para Magdalena y las cunas de las dos niñas.

El comedor y el cuarto de la doméstica estaban á la parte de la calle.

Magdalena llamó á un hombre que se encargó por un precio muy modesto del cuidado del jardín; en uno de cuyos ángulos se construyó un sólido dormitorio de madera para *Sultan*, el gran perro, amigo de Angela y Rosa.

Pronto cambió el huertecillo de aspecto: creció en él el resedá, el sándalo, la yerba-doncella con sus flores azules, y algunos rosales y jazmines: se ensanchó algun tanto el arroyo, que una vez limpio, dejó ver en su seno chinillas de mil colores, y aquel reducido terreno se llenó de esos pájaros é insectos, que siempre han sido amigos de la paz y la alegría.

El arroyo se pobló de ranas, los árboles de cigarras, la tapia de salamanquesas, y en el tejadillo de la alcoba de *Sultan* formó su nido una golondrina, que cada mañana, al nacer la aurora, dejaba sus huevos, se asomaba á mirar al jardín, y sacudía su blanca túnica y su negro manto, lanzando al aire, mientras se aseaba, su sencillez cantado terminado en un prolongado trino.

V.

Dos meses hacia que Magdalena habitaba su nueva casa, cuando cumplió Rosa un año: el mismo día fué despedida la nodriza, quedando la niña bajo el cuidado de su madre.

Rosa era vivaz, pero demostraba ya una gran violencia de carácter: lloraba desesperadamente por la contradicción mas leve: era poco cariñosa y obstinada hasta el extremo.

Su madre se propuso corregir estos defectos en su origen, y después de meditar maduramente se trazó un plan de conducta invariable.

De las dos niñas, Angela despertaba la primera y llamaba suavemente á su madre: esta, que desde el alba estaba al lado de su esposo, acudía al momento y la vestía sentándola luego en la cama de su padre, que la contemplaba con una satisfacción reconcentrada y silenciosa: el pobre loco era casi dichoso, y sonreía sencillamente cuando pasaba sus descarnados dedos por los gruesos bucles rubios de su hija.

Poco después despertaba Rosa llorando á gritos. Magdalena se colocaba junto á su cuna y la tomaba en sus brazos si callaba al verla: si seguía llorando colérica, se ocupaba en sus quehaceres con la mayor tranquilidad; iba, venía y cambiaba el agua á los jarrones de flores ó se sentaba á hacer labor, como si no se apercibiese de los lamentos de Rosa: cuando esta callaba, la vestía hablándola con calma, llevándola después á abrazar á su padre, y luego al comedor, donde, así que ella misma vestía á su esposo, tenía lugar el almuerzo de la familia.

Angela, que ya contaba tres años, tenía la obligación de entretener á su hermanita hasta la hora de comer: después daba lección de leer sobre el regazo de su madre, y pasaba la tarde á los pies de su padre, cogiéndole el pañuelo si se le caía, cantándole canciones en su gorgceo infantil, ó hablando con Sultan, que iba siempre pegado á su vestido, y que se sentaba gravemente á su lado, cuando ella lo hacia en la banqueta colocada junto al sillón de su padre.

Al hacerse de noche, Magdalena se sentaba á la mesa de comer, y daba de cenar á sus hijas, colocadas cada una en su silla. Rosa acababa su parte la primera, y quería meter la manecita en el plato de Angela; pero su madre se lo estorbaba á pesar de sus lloros y gritos.

Al levantarse de la mesa, acostaba á Rosa en su cuna y Angela la mecía, aunque no de muy buena gana; pero el carácter de esta niña era tan hermoso y angélico, que bastaba una reflexión de su madre para que se resignase á pasar dos ó tres horas oyendo los gemidos de su hermana.

La buena y previsora madre quiso de este modo acostumbrar á ser paciente y sufrida á su hija mayor y hacerla entender que tenía el

deber de cuidar á su hermanita, y al mismo tiempo persuadir á Rosa de que su madre no era capaz de sujetarse á sus caprichos.

Ya oigo á algunas de mis lectoras que, al llegar á este párrafo, preguntan:

¿Y qué hubiera hecho Magdalena, si en lugar de ser su hija mayor de carácter dulce, suave hubiera sido voluntariosa é irascible como la menor?

Hé aquí la contestación que puedo dar con toda seguridad, conociendo á Magdalena.

Si ambas hubieran sido díscolas y de mala índole, su madre las hubiera dejado llorar tranquilamente, á la una meciendo la cuna, y á la otra acostada en ella; acostumbrándolas así á la menor, á recogerse á la hora de siempre aun contra su gusto, y á la mayor, á cumplir el deber de cuidar á su hermana.

Yo aconsejaré á todas las madres de familia, que adquieran serenidad bastante para oír llorar á sus hijas durante la infancia: el llanto, que las arranca el verse contrariadas en sus gustos, las evita después lágrimas muy amargas é infinitas aflicciones sin consuelo: la madre, que quebranta la voluntad de su hija la hace el mas grande de los beneficios enseñándola á vencerse á sí misma é imprimiéndola desde luego una fortaleza muy necesaria en todas las circunstancias de su vida.

M.^a DEL PILAR SINUES DE MARCO.

A LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

María, tu grato acento
Trajo el viento
De estas playas al confin,
Y al escucharte creía
Que veía
Tus labios de serafín.

Cuan bella te ví en mi mente
Sonriente
Y contemplativa al par,
Con ojos claros y bellos
Cual destellos
De la luna sobre el mar.

Con frente como el reflejo
De un espejo
De mágica brillantez,
Con blondos cabellos rizos
Los hechizos

Recatando de tu tez.

Con el color de una rosa
Vaporosa
Cubierta por un cendal:
Dulce palidez rosada
Comparada
A la aurora matinal.

Con un mirar cariñoso,
Bondadoso,
De casta risa infantil:
Con un talle suelto y leve
Que se mueve
Cual la palmera gentil.

Con una voz indecisa:
De la brisa
El eco arrebatador:
Tan dulce como el suspiro
Que en su giro
Busca el cáliz de la flor.

Te ví tan dulce y sencilla,
Maravilla,
Benigno genio del bien,
Que en mi ardiente fantasía
Te creía
Un arcángel del Eden.

Bendita tu voz sonora,
Mi cantora:
Armónico á mi llegó
El preludio de tu canto
Bello y santo
Que el céfiro te robó.

Quizás nos alumbre el día,
Sí, María,
De podernos contemplar;
Y mientras llega el momento,
Tú en el viento
Recoje mi suspirar.

Quieres saber quién te llama,
Quién reclama
Tu cariñosa amistad?
Es un ave, que estrangera
Desespera
Por cobrar su libertad.

Es la blanca mariposa
Que se posa
En las flores á libar,
Y torna ansiosa su vuelo
Para el cielo,
Sin poder jamás llegar.

Es la tierna sensitiva
Que cautiva
En el florido vergel
Puso su amor en un lirio:
Su delirio
Es solo pensar en él.

Es la golondrina errante,
Que distante
Del nido donde nació,
Tendió sus ligeras plumas
En las brumas,
Y el aura la acarició.

Es un alma que te admira:
De mi lira
La lejana vibración,
Despierte la simpatía
De María
En premio de mi ovación.

Santa Cruz de Tenerife Julio 7 de 1857.

VICTORINA B. Y MAZZINI DE DOMINGUEZ.

LA CAZA DE UN OSO EN EL PIRINEO.

I.

El invierno de 1829 fué uno de los mas rigurosos de este siglo. En España fueron generales los frios y las nieves, y hasta las provincias meridionales, en las cuales una nevada suele ser un fenómeno curioso que apenas se presenta de siglo en siglo, se vieron cubiertas de espesas capas de blanca nieve, con no poca admiración de sus afortunados habitantes.

Pero donde naturalmente se hizo sentir el invierno con mas rigor, fué en el pais vascongado. El tránsito de un pais á otro se hizo imposible, y hubo caseríos sepultados sobre los hielos por espacio de muchos dias.

Los pocos viajeros que por necesidad tenían que atravesar aquellas montañas, corrían peligros inauditos, ya de ser arrebatados por una avalancha, ya de caer en profundos ventisqueros, ya en fin, de ser devorados por manadas de lobos hambrientos, que abandonaban los bosques y rondaban atrevidamente las poblaciones.

Hallábame yo entonces en Goizueta, solazándome con los esquisitos jamones de que se hallaba provista la despensa de un tio, cura de aquella villa, aficionado á la buena mesa, y cazador infatigable.

Las abundantes nevadas que caían sin interrupción, no nos permitían abandonar los linderos de la población; y esperábamos con ansia que el tiempo abonanzase algún tanto, para ir á recorrer las montañas vecinas, pobladas de corzos y jabalíes.

Interin llegaba esta ocasión, pasábamos el tiempo lo mejor posible, proyectando cacerías en grande, alrededor de una mesa bien servida, y en sabrosa conversacion, sazónada con sendos tragos de vino de Mendigorria.

El día de Reyes comenzó á despejarse algún tanto la atmósfera, y por la noche nos hallábamos ya reunidos en casa del escribano del pueblo, decididos á emprender una batida el día inmediato, cuando se presentó un robusto aezcoano, portador de una carta de la abadía de Roncesvalles.

La carta venía dirigida á mi tío, y en ella le suplicaba el prior en nombre de su buena amistad, pasase á hacerle una visita á la abadía, acompañado de su excelente jauría, con el objeto de cazar un enorme oso negro que había aparecido en aquellas cercanías, devorando cuanto vicho viviente caía en su poder.

El prior, que sin duda conocía á fondo el carácter y gustos de mi tío, no escaseaba en su misiva las alabanzas mas lisonjeras acerca de la abundancia y buena calidad de los vinos de su bodega, sin olvidarse de encomiar la habilidad sin igual de su cocinero para preparar un buen estofado de ternera.

Cada una de estas circunstancias, por sí solas, hubieran sido bastantes á animarnos; no es, pues, de extrañar que todas juntas nos incitasen de tal manera que al amanecer del siguiente día nos pusiésemos en marcha en número de catorce cazadores, acompañados de veinte perros, flor y nata de los sabuesos y mastines de las montañas de Navarra.

Al anochecer el inmediato día, llegamos á nuestro destino despues de atravesar el pintoresco valle de Bastan, los puertos de Engui, y la llanura denominada, *Prado de Roldan*, con nieve á la cintura en casi todo el camino.

Era para mí enteramente nuevo el asistir á una cacería de tanta importancia: así es que no cesé de hostigar con mis preguntas á un primo de mi misma edad, montañés rudo en toda la estension de la palabra, ágil como un corzo, fornido, audaz, y avezado á toda clase de peligros y fatigas. Uno de esos bellos tipos que se encuentran en aquellas montañas, tipos preciosos, irreconciliables en sus odios, pero que elevan su amistad hasta el heroísmo; por lo demás, imágen verdadera de los hombres primitivos.

Gran tirador de barra, jugador de pelota

nada comun, capaz de embaular en su estómago un mediano cordero y de trasegar de la odre á su vientre cuatro azumbres de vino, sin siquiera aperebirse de ello. Este excelente joven me amaba con pasión, y posteriormente me ha dado señaladas muestras de su afecto en circunstancias sumamente críticas, durante la guerra civil, en la que tomó parte sin otra razón que la de haber yo empuñado las armas. Francisco, (así se llamaba), se había constituido en un *Cicerone*, y era el encargado de responder á mis impertinentes preguntas. Cualquiera otro se hubiera impacientado en su lugar, pero Francisco no solo me amaba sino que se complacia en hacerme ver con orgullo que en ciertas materias podía ser mas instruido un cazador montañés, que un magistrado *in fieri*. Entonces estudiaba yo el *Vinio*. Así es que cuando por inesperienza ó descuido caía yo en algun ventisquero y me enterraba la nieve hasta el cuello, acudía á sacarme de aquel mal paso agarrándome por la capucha de mi *capusay* y suspendiéndome en el aire como á un monigote de paja, no sin murmurar:

—Estos chicos de las ciudades no sirven mas que para hacer burla de los aldeanos, y reirse en sus barbas cuando nos presentamos en sus salones.

—Francisco, le contestaba yo, en mi casa has sido bien recibido siempre que has venido á ella.

—Sí, sí; pero no se me olvida la burla que me hiciste cuando me obligaste á ponerme tus malditas botas. Y eso que tú debías recordar que á los ocho años tus piés no conocían otro calzado que el natural.

—Tienes razón.

—Ya se vé que la tengo. Si nó hubieras abandonado nuestras montañas para ir á estudiar, serías muchacho de mas provecho, al paso que ahora no sirves para nada.

—Cómo es eso?

—Lo dicho, dicho. Ya lo veremos si nó el día de la cacería. Créeme, Pepe, proseguía, tú no podrás ser jugador de pelota, ni andar ocho leguas en un día con la nieve hasta la rodilla. En las universidades os haceis flojos, haraganes, delicados, y solo aprendeis á mover la lengua mas de lo que debiérais.

El tiempo se ha encargado de justificar algunas de sus profecías.

Al llegar á la abadía de Roncesvalles, fuimos recibidos por el prior y sus canónigos, rollizos y excelentes sacerdotes, que pasaban su vida en aquel desierto con una esplendidez envidiable.

Al divisar las altas torres del monasterio, las robustas paredes de que se halla revestido, las

ojivas ventanas cubiertas de vidrios pintados; al mirar las casas de los vecinos del pueblo agrupadas al rededor de la inmensa mole de la vivienda monacal, figurábase hallarme trasplantado á otros tiempos, y mi imaginación retrocediendo siete siglos, me presentaba aquel conjunto como obra de otra época mas remota. En una palabra, me encontraba de lleno en los tiempos de la edad media.

Y la ilusión podia ser racional y completa al fijar la atención en nuestra jauría, en nuestros trages, en los de los canónigos que salían á recibirnos, en aquel grupo de paisanos que nos examinaba atentamente, saludando con respeto al poderoso prior que les echaba su bendición.

Cerráronse las macizas puertas del monasterio, recorrimos sus inmensos claustros, precedidos por criados que nos alumbraban con hachones de cera, y muy pronto pudimos descansar nuestros miembros fatigados, y secar nuestros vestidos empapados en agua, en la cómoda y magnífica celda prioral.

Nuevo, muy nuevo era para mí todo lo que pasaba á mi vista, y encontraba un placer indefinible en alimentar mas y mas mi imaginación con las ideas que se me ofrecían en monton.

—Aquel es el altivo señor de esta fortaleza, pensaba yo, fija mi vista en el prior muellamente sentado junto á la inmensa chimenea, en la cual ardía un mediano monte de leña. He aquí sus principales oficiales: nosotros somos el séquito de otro baron feudal que viene á formar alguna alianza con su vecino: yo soy su page escanciador, el que quita la caperuza á su halcon favorito, el que sujeta la brida de la hacanea de la castellana, el que lleva el escudo y pendon del señor en un día de batalla: este, proseguía pensando y mirando á mi primo, es el montero mayor, el que prepara la batida, el que tañe el alhalí cuando el noble ciervo se lanza de su guarida; aquel....

Una carcajada estrepitosa vino á distraerme en mis ensueños de la edad media.

Era mi buen tío, que se reía á pulmon desplegado al recuerdo de cierta travesura estudiantil, ejecutada mancomunadamente con el reverendo prior.

—Acércate, Pepe, acércate, me gritó; aquí tienes un excelente amigo, de los pocos que se encuentran hoy. Plegue á Dios tropieces con otro semejante en tu carrera de leyes.

—Es tu sobrino? le preguntó el prior, golpeando con su redonda mano mis megillas.

—Sí, amigo; ha querido asistir á la cacería, y nos ha seguido por montes y vallados con un valor heroico.

—Pero dudo mucho que hubiese llegado hasta aquí sin mi ayuda, repuso Francisco. Mas de veinte veces he tenido que desenterrarlo de la nieve.

No sé lo que hubiera yo contestado en aquel momento, en que mi amor propio se veía mortificado, si una campana, y la voz de uno de los criados, no nos hubiese anunciado que la cena nos aguardaba.

Todos nos levantamos al oír aquel agradable mensaje, y nos encaminamos al refectorio.

Aquí me esperaba otra sorpresa muy en armonía con las ideas que tenazmente volvían á apoderarse de mi imaginación.

Una mesa de colosales dimensiones gemía bajo el peso de enormes cuartos de venado y jabalí, humeando en anchas fuentes de zinc. Mas allá se descubrían truchas á docenas, en cacerolas brillantes. Grandes garrafas de cristal encerraban en su seno por azumbres el dulce Peralta, el rubicundo Tudela, el supurado de Rioja, la cidra de Hernani: y en el centro de aquel gran círculo de viandas succulentas y apetitosas, alzábase orgullosa media ternera estofada, plato favorito del prior y de mi tío, flanqueada por botellas de anisete, malvasía y otras bebidas alcohólicas.

Era, en resumen, una de aquellas cenas homéricas cuyos recuerdos han llegado hasta nuestros días. Mas á pesar de tanta abundancia, los platos iban quedando vacíos como por encanto; los vinos y licores, desaparecieron con increíble rapidez; y debo confesar que fuí uno de los que mas contribuyeron á aquella prodigiosa desaparición.

Durante la cena rodó la conversacion acerca del objeto de nuestro viaje, y el prior nos informó de que el oso que veníamos á cazar desde tan lejos, se habia hecho tan audaz y temible, que ninguno se atrevía á alejarse de la población, por no ser devorado.

—Mañana te lo traeremos atravesado en un mulo, le dijo mi tío, que aguardaba el día inmediato con todo el ardor de un cazador entusiasta.

—Andarse con tiento, amigos, replicó el prior; me han dicho que es un animal enorme, muy ágil y feroz en extremo.

—Qué te parece de esto? le preguntó mi tío á Francisco, que no habia cesado un momento de comer y beber hacia una hora.

—Bah! bah! contestó riéndose: que se presente ese señor á veinte pasos de distancia, y ya veremos para qué le sirve su agilidad.

—Diablo con el muchacho! exclamó el prior. ¿Y tendrías serenidad suficiente para apuntarle bien?

—Y por qué no? contestó bebiendo de un solo trago un vaso de supurado.

—Pues yo te juro en mi ánima, que echaría á correr apenas lo viese.

—Pronto te alcanzaría, le respondió mi tío. Pero no tengas cuidado, yo prometo que su piel abrigará tus pies este invierno.

—Dios lo quiera; te aseguro que no faltará quien te lo agradezca; los pobres arrieros sobre todo, están acobardados con la fiera que los persigue encarnizadamente.

—¿Y hácia qué punto se deja ver con mas frecuencia?

—En el camino del portillo de Francia.

—¿En el paso de Roldan?

—Sí.

—Muy bien. Ahora señores, á dormir, que mañana nos toca madrugar.

Rezó el prior el *Benedicite*, aparecieron los criados con luces, y cada uno se dirigió al aposento que se le hubo destinado.

Eran las once de la noche, y la cena habia durado dos horas y media.

Francisco y yo, nos encontramos únicos propietarios de una mediana sala, desde cuyas dos rasgadas ventanas se divisaba el lindero de un bosque inmediato.

No pude resistir al placer de contemplar aquel agreste paisaje, cubierto de nieve é iluminado por la luna, cuyo brillo purísimo se estendia por todo el firmamento, sin que la mas ligera nubecilla viniese á empañarlo.

Abri en consecuencia una de las ventanas; y asomado á ella puseme á contemplar el espectáculo que tenia á la vista.

Si cuando llegamos al monasterio me habia formado la ilusion de que me encontraba en uno de los castillos feudales de la edad media, poblado de pages, damas y caballeros, aquella fué adquiriendo mayor fuerza de realidad cuando me asomé á la gótica ventana.

Descubriase al frente y en primer término una vasta llanura cubierta de nieve congelada, que al reflejar los rayos de la luna parecia ser un blanquísimo tapiz cubierto de brillantes, topacios y esmeraldas.

Mas allá se divisaban, medio ocultas en una ligera neblina, las caserías del pueblo de Burguete.

A mi derecha, elevábanse hasta confundirse con el azul mate de la atmósfera, los elevados picos del Iru y de las demás montañas que forman aquella cordillera titánica.

A mi izquierda, el espectáculo era mas sorprendente. Robles seculares, centenarios pinos, se veian despojados de su follage, moviendo lentamente sus copas al través de la brisa espirante.

Sus negros troncos resaltaban mas y mas sobre el fondo blanco de la llanura, y sus gigantescas ramas semejábanse á los descomunales brazos de alguna fantasma colosal.

En medio del sepulcral silencio de la noche, tan solo interrumpido por el ruido lejano de los torrentes, mi oído percibía algunos sonidos estraños, que aunque débiles en un principio iban haciéndose mas perceptibles.

Mi primo se habia acostado y dormía profundamente. Quise despertarlo para hacerle notar aquella circunstancia; pero me despidió echando pestes y reniegos, y hube de renunciar á su compañía.

Entretanto aquel sonido singular, que tanto me preocupaba, iba creciendo por grados.

¿Seria ilusion mia? Tal vez.

Mi acalorada fantasia, mas acalorada con las libaciones de la cena, y el espectáculo que se ofrecia á mi vista, presentábame aquel héroe combate de los ejércitos de Carlo-Magno contra los montañeses navarros: sí, sí: ese era sin duda el ruido que oia: el crujir de las lanzas, el relinchar de los caballos, el choque de las piedras contra las corazas, el silbido de las flechas, los gritos de los vencedores, los ahullidos de los heridos, el estertor de los moribundos.

Sí, sí: ya estaba esplicada la causa del rumor que llegaba á mis oídos.

Iba á cerrar la ventana para acostarme á mi vez, cuando percibí, sin que me quedase duda alguna, un grito claro, penetrante, que chocando en las peñas vecinas, se prolongaba hasta lo infinito repetido por los ecos.

—¡Francisco! ¡Francisco! grité á mi primo sin poderme contener.

—Déjame dormir con mil diablos, si nó me marchó á la cocina: me contestó de muy mal humor.

—Levántate: aquí sucede algo estraño.

—¿Y qué diablos quiere que suceda?...

En este momento oyóse de nuevo el mismo grito de antes.

—¡Oh! ¡oh! ¿qué ruido es ese? dijo levantándose y acercándose á la ventana conmigo.

—No sé; pero lo estoy oyendo hace media hora.

—¡Ah! Ya sé lo que es, me dijo despues de haberlo oido otra vez.

—¿Y qué es ello? le pregunté con ansia.

—¿Qué ha de ser, Roldan, que tañe su bocina pidiendo auxilio: me contestó con la mayor seriedad.

—¿Qué Roldan?

—Toma: uno de los doce pares de Francia que murió en el portillo, respondió metiéndose tranquilamente en el lecho.

Imposible me fué contener la risa.

Francisco se incomodó, y trabamos una disputa acalorada, acerca de duendes, fantasmas, y aparecidos.

—Judío: mil veces judío: me dijo colérico: ¿Eso os enseñan en las universidades? ¿Con que no hay brujas, he? ¿Con que no se aparecen las almas de los cuerpos que han quedado insepultos? Sal, sal á pasearte por ese bosque de enfrente, y yo te respondo que antes de andar cincuenta pasos, tropezarás con el *Basajaon*.

Por toda respuesta, cerré la ventana y me metí en la cama. Cinco minutos despues cerré los párpados y me quedé dormido, arrullado por los ronquidos de mi buen primo.

Durante la disputa, habíaseme ya borrado la impresion producida por el grito que tanto habia llamado mi atencion pocos momentos antes.

II.

Apenas la aurora teñía con sus pálidos reflejos las montañas vecinas al monasterio, cuando la jauría reunida en el ancho patio nos despertó á todos los cazadores con sus ladridos atronadores.

Los gritos de los perreros, los sonidos de las trompas de caza, las voces de los que mas habian madrugado, formaban un ruido tan infernal, que me fué forzoso dejar el lecho, aunque de malísima gana.

Mi primo no solo se hallaba levantado ya, sino que, con el cuidado que pudiera tener una madre por su hijo al marchar á una expedicion lejana al par que peligrosa, habia limpiado mi escopeta de dos cañones, ensebado mi cuchillo de monte, registrado mi frasco de pólvora, adobado mis abarcas, y en una palabra, preparado todo de manera que nada me faltase.

Mi tio el cura, con su rubicunda y alegre faz, que rebotaba salud por todos sus poros, nos esperaba impaciente rodeado de los demás cazadores, y seguído del prior, que no dejaba de amonestarle para que tomase las mayores precauciones contra la fiera que ibamos á cazar.

—¿Se ha levantado ese perezoso? gritó en el momento que yo asomaba por el umbral de la puerta.

—Ya estamos aquí, le contestó Francisco riéndose: trabajo me ha costado despertarlo.

—Cazador que no madruga, mal cazador; repuso sentenciosamente mi tio.

—Si apenas ha amanecido, respondí bostezando....

—Bah! bah! me parece que no servirás para gran cosa, replicó apretándome cariñosamente la mano.

—Cuidado, muchachos, añadió el prior; no os separéis uno de otro, y sobre todo, apuntad bien.

—No tengais miedo, señor prior, le dijo mi primo. Pepe y yo no nos separaremos; y además nos acompañará el *Tigre*, que es su perro favorito.

—Ea pues, buen dia y cazad de largo; yo voy á celebrar la misa del alba.

Despedímonos del buen prior, y un cuarto de hora despues perdimos de vista el monasterio, y nos internamos en los bosques.

Para mejor registrarlos, nos dividimos de dos en dos, como las parejas de una guerrilla, formando un ancho semicírculo y colocando en los espacios de cada pareja los perros cou los que los conducian.

No dejamos barranco por explorar, ni peñasco por escudriñar, pero todo fué en vano. El oso no parecia, ni se descubria en la nieve rastro alguno que pudiera servirnos de norte.

En estas pesquisas inútiles anduvimos hasta las tres y media de la tarde, hora en que se juzgó prudente volver al monasterio, para no dejarnos sorprender por la noche en aquellas soledades cubiertas de nieve y de hielo.

Yo estaba molido de tanto subir y bajar cuestras, y poco acostumbrado á semejantes faenas, tenia las manos ensangrentadas á fuerza de trepar por peñascos lleno de maleza.

Sentéme, pues, al pié de una roca; Francisco se echó en tierra á mi lado, y *Tigre* me lamia las manos.

Los demás cazadores emprendieron la retirada.

La atmósfera, si bien encapotada de nubes, no amenazaba tormenta: antes al contrario se observaba una calma profunda, que presagiaba una noche, fria sí, pero serena.

—La noche se nos echa encima, Pepe, me dijo Francisco: echemos á andar.

—Espera un poco, le contesté; no estará de mas el que bebamos un trago antes de ponernos en camino.

—Como quieras, replicó alargándome la bota.

—Sí, sí: y de paso me contarás algo acerca de la bocina del amigo Roldan.

—Mira, Pepe, me dijo frunciendo el ceño: todo te lo perdono, menos burlarte de mis creencias. Si como yo, hubieras pasado semanas enteras en los bosques sin mas compañía que un perro y la escopeta á la espalda, sabrias muchas cosas que no sabes, y aprenderías á temer á Dios y á no burlarte de los muertos.

—No te enfades, Francisco, por estas pequeñeces; yo no tengo la culpa de que me hayan

enseñado á temer á los vivos mas que á los que no lo están.

—Temer á los vivos! contestó con desdén y sonrisa. Mientras tenga mi escopeta al lado, no temo á ninguno que se me presente por delante.

Iba yo á responderle, cuando oímos muy cerca de nosotros el mismo grito extraño y penetrante que habia herido nuestros oídos la noche anterior.

—He aquí á tu Roldan tañendo de nuevo su bocina, le dije riéndome y muy ageno de pensar la verdadera causa de aquel grito.

Pero observé con asombro y terror la palidez del rostro de mi primo, y que con un dedo puesto en la boca me indicaba guardase profundo silencio.

Tigre tenia erizados los pelos del lomo, y lanzaba un sordo y siniestro gruñido.

De repente exclamó Francisco:

—Maldicion! he perdido mi trompa de caza.

—Pero, qué sucede? le pregunté en voz baja.

—Qué sucede? mira á nuestra derecha: ¿no oyes nada?

Percibíase en efecto el chasquido de algunas ramas secas, y el ruido sordo y pausado de un hombre que camina despacio; pero nada divisé.

La noche empezaba á cerrar, y las nieblas se derrumbaban rápidamente desde las cumbreras hácia los valles.

De improviso resonó por el espacio otro grito mas sonoro que cuantos hasta entonces habíamos percibido; y al volver la cabeza vimos, mudos de espanto, que un formidable oso negro, nos miraba puesto en dos piés á veinte pasos de distancia.

Toda la sangre se heló en mis venas al verlo, y casi maquinalmente me eché la escopeta á la cara.

—Detente por Dios, me gritó mi primo bajándome el arma, ó de lo contrario somos perdidos.

El animal se mecía indolentemente, gruñía de placer sin duda, viendo tan próxima una presa deseada y que conceptuaba segura; y tenia clavados en nosotros sus feroces ojos.

La estatura de la fiera era gigantesca: sus brazos fornidos dejaban ver en sus estremidades uñas encorvadas y robustas.

—Preparémonos á una lucha cuerpo á cuerpo; le dije á Francisco, al ver que el oso empezaba á moverse.

—Ah! si estuviera yo solo!... exclamó aquel desvainando su cuchillo de monte.

—¿Qué harías? le pregunté.

—Le tiraría un escopetazo y huiria.

—Pues hazlo y huiremos.

—Huir contigo.... replicó mirándome de arriba abajo; eso es imposible.

Estás cansado, y antes que dieses veinte pasos, sentirias la garra del oso clavada en tu cuello. No, no: hagamos otra cosa....

El oso dió un gruñido fuerte, y se lanzó hácia nosotros.

Veloz como el pensamiento, saltó Francisco hácia adelante, y se colocó entre la fiera y yo.

Los ojos de mi jóven primo brillaban de una manera extraña, y en su mano derecha armada con el ancho cuchillo de monte, se notaba cierto temblor febril, que anunciaba una resolucion suprema.

Pero aquella lucha hubiera sido muy desigual, si cuando el oso estaba á dos varas de distancia, no se hubiera presentado otro combatiente.

Tigre, que hasta entonces no habia hecho mas que gruñir y encorbar su lomo, se lanzó á su vez sobre la fiera, y con aquella fuerza y agilidad prodigiosa de todos los perros de su raza, asió al oso por las lanas del cuello, y haciéndole perder el equilibrio, lo tiró al suelo.

La rabia del animal fué terrible: ahulló de una manera espantosa, y se avalanzó al perro: pero este que era muy ágil y amaestrado, sorteaba las acometidas de la fiera con sorprendente habilidad.

—Nos hemos salvado, exclamó Francisco.

—Hagamos fuego, le dije preparando la escopeta.

—Quieto con mil demonios, me gritó. ¿Quieres que si nó lo matamos, abandone al perro y dirija su furia hácia nosotros? guardemos los tiros para el último extremo.

Entretanto el oso se esforzaba en vano por coger al perro, que cada vez que hurtaba el cuerpo, no dejaba de dar alguna dentellada á la fiera, que bramaba de furor.

Mi primo entonces comenzó á dar gritos desaforados, á fin de que nos oyesen los demás cazadores, los cuales estaban sumamente cuidadosos al echar de ver que no estábamos con ellos.

Al fin, despues de un cuarto de hora de angustias, oímos el sonido de sus trompas, los ladridos de sus perros, y los gritos que daban para anunciarnos su llegada.

Cuando el oso oyó aquel ruido, empezó á retirarse pausadamente, le disparamos dos tiros, y desapareció en la espesura.

Los cazadores llegaron abrumados de cansancio, y temerosos de alguna desgracia.

—Pepe, Pepe, ¿dónde está Pepe? gritaba mi pobre tio jadeando y cubierto de sudor.

—Aquí estamos, tio, le contesté.

—¿Pero estais sanos?

—Sí, tío, sí.

—Gracias á Dios; ¿pero qué diablos ha sucedido?

—Qué ha de suceder, le contesté; que si nó hubiera sido por Francisco me despedaza el oso.

—¡Misericordia! exclamaron todos los cazadores; ¿habeis visto al oso?

—Como os estoy viendo, respondí.

—¿Y Francisco? ¿Dónde está Francisco?

Entonces oímos en la espesura la detonación de un arma de fuego y un ahullido penetrante.

Corrimos todos por aquel lado, y muy pronto encontramos á mi primo que cargaba su escopeta con la mayor serenidad.

—Lo he herido como hay Dios, dijo apenas nos divisó; el oso es nuestro, si seguimos su pista.

—Pero señores, ya es de noche, repuso uno de los cazadores.

—¿Y qué importa? contestó Francisco, echando al hombro su escopeta é internándose en el bosque.

Todos le seguimos, y en la blancura de la nieve pudimos observar algunas manchas rojas.

—Está herido, señores, vayamos con tiento.

Recojióse toda la jauría; púsose *Tigre* delante, unímonos todos los cazadores con las armas preparadas, y de esta suerte anduvimos cerca de una legua.

La noche habia cerrado del todo, pero gracias á la resplandeciente blancura de la nieve y á los silbidos que de vez en cuando se oían, pudimos conservar el orden de marcha que habíamos adoptado.

Francisco me colocó á su lado, asíome de la mano, y apretándomela con efusion, me dijo:

—No te separes de mí; antes que tocarte un pelo de la ropa, me hará el oso cien pedazos.

Yo le abracé, profundamente conmovido por aquella inequívoca muestra de cariño.

Las huellas que el oso habia dejado en la nieve, y que nos servían de guía, cesaron de repente en una especie de pradera circular rodeada de altas peñas, como un circo por las graderías.

Todos convinieron en que la fiera debia encontrarse muy próxima, en la hendidura de los peñascos que por todas partes nos cercaban, y despues de algunos debates en voz baja, resolvimos acampar en la nieve, adoptando algunas precauciones.

Encendióse por lo pronto una inmensa fogata con ramas y troncos secos de árboles caídos, y reforzados nuestros estómagos con varias fiambres, nos dispusimos á pasar la noche con las armas en la mano y los perros atraillados de dos en dos.

Algunos cazadores montaron por turno una especie de guardia avanzada.

Muy pronto nos rindió el sueño á pesar del frio penetrante de la noche, templada hasta cierto punto con el calor de la hoguera.

Apenas amaneció el dia inmediato, cuando ya todos estábamos en pié, y comenzamos de nuevo las pesquisas.

Las huellas del oso se veían profundamente marcadas en la nieve, y se dirigían hácia el fondo de aquel anfiteatro natural. Divisamos entonces entre la maleza la boca de una cueva, al pié de una altísima peña cortada á pico, y ya nadie dudó de que aquella fuese la guarida de nuestro enemigo.

Rodeamos la montaña de piedra por ver si tenia otra salida, y vimos con placer que no habia mas boca que aquella.

Entonces se reunió otro consejo para discutir el medio mas á propósito de hacerlo salir de la caverna, y adóptase por unanimidad el propuesto por Francisco.

Reduciase este á colocarse de antemano los cazadores en las peñas que circunian la pradera; los perreros con la jauría suelta, en la entrada de la misma, y hecho esto reunir fajos de ramas secas y helechos, y aplicarlos á la boca de la caverna dándoles fuego.

Una vez adoptado el plan nos dispusimos á ponerlo por obra. Al efecto coronamos las peñas, y mi primo armado con una azagaya y seguido de algunos perreros cargados de leña, se acercaron lentamente á la caverna. Cerráronla herméticamente y aplicaron el fuego retirándose prontamente.

Mi curiosidad estaba escitada hasta el mas alto punto. Todas las miradas estaban fijas en la hoguera que empezaba á arrojar llamas, y columnas de un humo negro y denso.

Francisco se colocó á mi derecha y *Tigre* á mi izquierda.

Un cuarto de hora pasó sin novedad, y cuando ya creíamos haber errado el golpe, vimos de repente volar por el aire, fajos enteros de leña ardiendo, al impulso vigoroso de los brazos de la fiera.

Presentóse esta lanzando rugidos espantosos y dirigiendo iracundas miradas por todas partes.

Quando el animal se vió encerrado en aquel estrecho recinto, su furor no conoció límites.

Arrojóse sobre los perros, que todos fueron sueltos á la vez, y empezó una lucha descomunal y sangrienta.

Eran estos sabuesos de raza, que con sus cuerpos leonados y negros cubrían á la fiera. Esta por su parte desgarraba las entrañas de cuantos caían al alcance de sus formidables

ñas; y muy pronto, de aquel monton informe de cuerpos entrelazados que luchaban con indecible furor, empezaron á salir ahullidos de dolor, y pedazos de carne palpitante.

Trece perros murieron en la lucha, y los demás se retiraron á la voz de los perreros.

El oso, rendido de fatiga, mostraba abiertas sus sangrientas fauces y de sus labios cubiertos de espuma pendia inerte su lengua, roja como un hierro candente.

El animal estaba sentado é inmóvil.

—Fuego todos á la vez, gritó mi tío, y catorce tiros enviaron el plomo mortífero al cuerpo de la fiera.

El salto que dió al sentirse herido causó admiración á cuantos lo vieron; púsose en pié; miró á todas partes, y con saltos desesperados, con ahullidos terribles, con un crujir de dientes que causaba pavor, se dirigió cubierto de lodo y sangre hacia donde nos habíamos colocado Francisco y yo.

Para llegar al sitio donde nos encontrábamos; tenia que trepar un peñasco de unas ocho varas de altura, en una de cuyas hendiduras estábamos cómodamente sentados.

Los demás cazadores no se atrevían á disparar sus escopetas temerosos de herirnos á nosotros, ni podían acudir en nuestro auxilio, porque ya no era tiempo.

El oso entretanto trepaba con bastante agilidad y ya sentíamos en nuestros rostros su ardiente hálito.

—Parece que nos prefiere á los demás, me dijo Francisco con mucha calma, acabando de cargar su escopeta.

Al ver su sangre fria me serené algun tanto, y le pregunté lo que habia de hacer.

—Cuando yo dispare dale un culatazo en la cabeza, me contestó.

Los cazadores estaban aterrados: mi pobre tío nos animaba con sus voces, al paso que un frio sudor inundaba su frente.

Era llegado el momento crítico.

El oso avanzó una de sus garras para apoyarse en un saliente de la roca.

Francisco se quitó la boina, se santiguó rápidamente, se levantó de su asiento, y apoyando la boca del cañon de la escopeta, en el pecho de la fiera, disparó.

Al mismo tiempo descargué yo el culatazo.

Un grito de alegría resonó en aquel recinto al ver que el formidable oso habia caido rodando por la peña, y permanecía inmóvil en la pradera.

Estaba muerto.

Pero es el caso que la culata de mi escopeta, en vez de herir al monstruo en la cabeza, pegó en la peña y saltó hecha pedazos.

—Bien, Pepe, te has portado; me dijo Francisco riéndose, y dando un salto de la peña abajo.

Clavó su cuchillo en el cuello de la fiera, y torrentes de sangre brotaron de la ancha herida.

Tres horas despues, entrábamos triunfantes en el monasterio de Roncesvalles, llevando atravesado en un mulo al oso negro, terror de aquellas montañas.

Mucho se burlaron de mí durante la comida que nos tenian preparada los honrados canónigos, pero mi primo salia á mi defensa jurando que habia demostrado valor y sangre fria en todas las peripecias de aquella cacería extraordinaria.

Francisco se engañaba en sus aseveraciones; pero yo me guardé muy bien en desmentirlo.

La grasa que se estrajo del oso pesó veinte y siete libras, y su piel ha cubierto por espacio de muchos años el lecho prioral de Roncesvalles.

JOSE M. DE GOIZUETA.

POESÍA.

De mi existencia en la feliz mañana
El rio de la dulce poesia
Sentí brotar, y á su corriente ufana
Daba yo el alma cuando Dios queria.
El dique inmenso de la vida humana,
Aquel suave correr, con que solia,
Para siempre atajó: hoy, solo es mio
El árenal de mi abrasado estío.

Herido por el sol de las pasiones,
Próximo á abandonarme hasta el deseo,
Siento el imán de amantes corazones
Que me llaman á sí, mas no los veo.
Solo y extraño en áridas regiones,
La tarde y noche á donde voy preveo
Y me dejó llevar... ¿Por qué lloramos
Sobre el modo de ir, si todos vamos?

Al no verse, al no oirse, al no tocarse
¿A qué llamar separacion ni ausencia?
Mientras el corazon sabe acordarse
Vive de sus recuerdos en presencia.
Este ansia y este ardor y este no hallarse
Que siento y que sentís, esta es la esencia
De nuestro mútuo amor, y el que así siente.
Siempre del bien perdido está presente.

Contra esta roca del deber, si miro
Del desgraciado reventar el llanto,
Tambien lloro con él, con él suspiro
Y os diviso al través de mi quebranto.
¿Quién me ha dado el amor con que yo aspiro

El ageno dolor? ¿Quién me dió el santo
Entusiasmo del bien? ¿Quién me enaltece
Cuando el mar que me cerca se embravece?

Una sonrisa que miré en la cuna,
Algun acento que escuché dormido,
Una tierna oracion que, por fortuna,
Aprendí acaso en el materno nido;
Un consejo, un ejemplo, y quizás una
Lágrima de piedad, la causa ha sido
Del simpático amor que yo atesoro
Cuando con llanto del que llora, lloro.

Del callado teson y humilde anhelo
Que al áspero deber mis pasos guía
Ni en aulas, ni en autores vi el modelo.
En el honrado pan que me nutria,
En el honrado hogar que me dió el cielo,
En la paterna bendicion que un día
Consagró mi conciencia, en las honradas
Canas, en lides de virtud, ganadas.

Allí lo encontré yo; y hoy en el yermo
De inmensa soledad que me rodea,
Aunque abatido el corazón y enfermo,
En mi memoria se renueva y crea...
Almas que me adorais, ved como aduermio
Mi infinito dolor... bálsamo sea
Para el nuestro tambien este gemido...!
Tiempo de mi niñez, ¿dónde eres ido?

Sevilla: Agosto 16 de 1857.

ELADIO MINA.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Avaricia Largueza.

QUINTA Y ÚLTIMA PARTE.

(CONTINUACION.)

En cuanto á Mistriss Souphantom, verdadera mari-macho, antigua cocinera del Nabad, nada decia porque no sabia pronunciar en español sino algunos monosílabos; pero por sus contorsiones, sus carcajadas y sus rudos apretones de manos, manifestaba á la marquesa como mejor podia, todo el placer que le causaba la entrada de su hija en la aristocracia de sangre.

Mistris Souphantom era sin duda alguna para Matilde el personaje mas antipático de su nueva familia. Aunque poco grato para ella, mejor toleraba el humo que exhalaba constantemente la enorme chimenea, que con el nombre de pipa llevaba siempre el Nabad, que el áspero roce de aquellas manos callosas, que no habian perdido todavia

el hábito de manejar la arena y el estropajo.

Las negociaciones llevadas á cabo por el marqués y Santa Marta con la mayor rapidez, se entendieron con toda formalidad; quedando aplazado el matrimonio para dentro de un mes, que César debía pasar en Cádiz para restablecer algun tanto su salud, que por mucho que él se esforzase en disimular se deterioraba visiblemente.

César firmó y consintió en todo cuanto quisieron con la docilidad de un niño que no comprende. Cumplido ya su deber ¿qué le importaba ir ni venir, casarse antes ó despues? Los veia á todos felices, risueños, y al parecer tranquilos; su pensamiento, su vida, acababa allí donde empezaba la felicidad de los demás.

Por muy deslumbrada que Fanny estuviese con su nueva posicion, no pudo menos de cruzar por su mente la idea de una viudez prematura, que parecia dibujarse entre los espléndidos y perfumados pliegues de su túnica nupcial. Pero una vez marquesa de Bengala, ¿qué le importaba á ella perder su deseado esposo? Lo esencial era cambiar de posicion, hundir para siempre el nombre propio bajo el de su título, y luego si César hacia la calaverada de morirse, lejos de recobrar por eso su insignificante apellido paterno, quedaba autorizada para olvidarle, usando siempre en su lugar del honroso título de *Marquesa de Bengala*.

Por una concesion especial, César debía empezar á usar el mismo día de su casamiento el título de marqués, llevando Matilde desde entonces otro de los muchos que habia heredado de sus nobles abuelos.

Despues de una tierna y prolongada despedida, cuyos tristes adioses destrozaban el corazón de Matilde, César partió al fin para Cádiz acompañado tan solo de su ayuda de cámara, llevando sobre su corazón el peso de las angustias que experimentaba Matilde al separarse de aquel hijo querido, por el que la pobre madre temblaba con razon.

Durante su camino, no se reflejó en la imaginacion de César otro pensamiento ni otra idea que el de su madre, unido misteriosamente al de la infeliz y malograda Aurora. En vano se esforzaba en separarlos; los recuerdos se enlazaban de nuevo y le inducian á una especie de dulce somnolencia, en la que el pobre joven volvía á la vida, á su vida anterior, á la vida de las luchas y de las esperanzas: el mundo exterior habia desaparecido, y con él hasta el mas vago recuerdo de Fanny Souphantom.

Desde aquel día la familia del Nabad vivia, por decirlo así, en el palacio de Bengala; el Nabad que antes permanecia algunas horas en su despacho, dejó á su cajero el gobierno de los negocios, entregándose de lleno al placer de verse rodeado á todas horas de dos amigos que se esforzaban en adivinar sus deseos con indecible solicitud; y el Nabad era una misma persona con el marqués y Santa Marta; en todas partes se veian juntos, en todas partes eran bien recibidos, porque como el Nabad comprendia muy bien que para la mayoría el oro es el gran nivelador del siglo, sembraba

el oro en su camino, recogiendo aplausos en cambio del precioso metal con que habia conquistado su agradable recepcion.

Fanny Souphantom no era ya aquella joven desconocida que se presentara en el dia de S. Antonio á deslumbrar la grandeza con su espléndido traje y olvidada pocos dias después, era la futura marquesa de Bengala, la que habia sabido conquistar el corazon indiferente del joven marqués, y cuyos brillantes conocimientos volaban de boca en boca con las proporciones mas exageradas. Apesar de que, como hemos dicho, poseia Fanny muy especialmente el arte dificilísimo del disimulo, la soberbia que le daba su brillante destino rebotaba en todos los detalles de su vida intima, y Mistris Souphantom se vió súbitamente tratada por su hija con mas altanería que lo habia sido por el Nabad en sus buenos tiempos de cocinera.

—Ostez, le dijo Fanny mirándola de arriba abajo con insolencia, ser preciso aprender ahora el español, por llamarme á mi por mi título.

La madre levantó la cabeza y le preguntó con voz colérica, qué significaban aquellas frases en boca de una hija.

—Ostez, respondió Fanny con la mayor serenidad, se olvidaba del cocino, y de que yo ser ahora en adelante «La marquesa.» Mistris Souphantom que no hablaba el español aunque le comprendia ya medianamente, sintió hervir en su pecho una cólera violenta, que tal vez hubiera tenido un desenlace mas violento todavía, á no haber entrado el Nabad, que cortó la querella, encontrando muy justo que su esposa se fuese acostumbrando á tratar á Fanny segun lo exigia su nuevo título.

Mistris Souphantom hubo de resignarse, y á los dos dias murmuró ya bastante claro «Marquisa.»

Pronto conoció Fanny toda la violencia que se hacia Matilde acompañando en público á Mistris Souphantom, y resuelta á sacrificarlo todo por su nueva aristocracia, intimó á su madre la orden de que no se propasase á acompañar en público á dos «Marquesas» á no ser que se le invitase de una manera clara y terminante.

—Yo creia... balbuceó en inglés la pobre mujer, devorando sus amargas lágrimas, que siempre seria tu madre, y una madre...

—Ostez ser siempre mi madre todavía, pero sus hábitos de ostez son muy antipáticos á madama la marquesa madre mia, y ostez estará perfectamente leyendo su biblia en el palacio, cuando nosotros vamos en el carretela.

Mistris Souphantom, secó sus lágrimas, y cuando la marquesa de Bengala mandaba enganchar los caballos, hallaba siempre un pretexto para quedarse en el palacio leyendo su biblia. La primera humillacion arrastra las demás.

Matilde se felicitaba de que Mistris Souphantom diese en la rareza de no salir, porque nunca hubiera podido imaginarse que una hija pudiese decir á su madre lo que habia dicho á la suya la dulce prometida del marqués de Bengala.

Pocos dias despues de la marcha de César, presentose una tarde el Nabad en el palacio de Bengala, pálido, desencajado, y dando desaforados gritos, comparables tan solo á los que dieran una invasion de bárbaros; Matilde y el marqués salieron asustados á la escalera principal.

—Madame se muere!... se muere!

—¿Qué decis? exclamaron aterrados los marqueses de Bengala...

—Se muere... súbito!... súbito!

—Vamos al instante! exclamó la marquesa tomando su sombrero.

—Vamos, repitió el marqués dando el brazo al Nabad y bajando rápidamente la escalera.

Sin detenerse á mandar enganchar los caballos á la carretela, subieron los tres al coche que traia el Nabad.

El estado de Mistris Souphantom, era en verdad desesperado. Acometida de una apoplejia fulminante, todos los remedios eran inútiles, y como la enferma pertenecia á la religion reformada, la habitacion solitaria y silenciosa como una iglesia protestante, solo repetia los gemidos de Fanny, que arrodillada al pié del lecho de su madre murmuraba algunas oraciones, en las que ninguno de su familia tenia fé. Fanny habia sido bautizada á su paso por Francia y pertenecia desde entonces á la religion católica.

Al bautizar á su hija el Nabad habia tenido en cuenta que una joven protestante, no tenia en España muchos títulos para aspirar á la grandeza; y era en España, en el paraíso de los árabes, donde queria descansar en sus últimos dias.

En vano se prodigaron á la enferma toda clase de auxilios. Mistris Souphantom entreabrió los ojos un momento, los fijó en su hija con una tristeza indecible y espiró pocas horas despues, sin haber podido pronunciar una sola palabra.

Dificilmente hubiera el Nabad encontrado en su misma familia los consuelos que le prodigaron en aquella ocasion los marqueses de Bengala. Matilde se constituyó al lado de Fanny velando incesantemente para evitar que la violencia del dolor, arrastrase á la huérfana á cualquiera imprudencia, pues como los grandes pesares imprevistos son muy dificiles de dominar, Fanny en aquella ocasion se dejaba llevar de su natural colérico, dejando adivinar á la asustada marquesa, toda la fuerza de voluntad de la que habia creído hasta entonces una dulce paloma.

—Pero es imposible! murmuraba Matilde siempre bondadosa; esta niña de aspecto cariñoso, de paz evangélica, no puede encerrar en su alma las ideas que vierte en su dolor... ¡pobre criatura!... su inmensa pena le ha trastornado el juicio.

El marqués no se separó un momento del Nabad durante veinte horas, y Santa Marta rigiendo la casa en aquellos terribles momentos, se hizo acreedor á un profundo reconocimiento, tanto por parte del Nabad, como de los mismos marqueses de Bengala.

Al salir de las Californias ambos esposos ha-

hian formulado separadamente su testamento particular, el que custodiaba cada uno en su respectiva caja de plata.

Pasadas veinticuatro horas despues de la muerte de su esposa, el Nabad, que desde el último suspiro de aquella se habia apoderado de la llave de la cajita, procedió á la apertura del testamento en presencia del marqués y del vizconde, acompañados de un notario y un intérprete inglés.

La marquesa se habia retirado con Fanny á una de las piezas interiores. El dolor de la huérfana habia cambiado completamente de aspecto durante la noche; á sus exagerados gritos habia sucedido un silencio particular; sus facciones agitadas no revelaban ese profundo sentimiento que anegaba el alma, sino la inquietud de una persona abrumada por muchas ideas á la vez; habia en fin un malestar visible en la fisonomía de Fanny; pero un malestar que no se parecia en nada al dolor inmenso y desgarrador que revela la pérdida de una madre querida.

Creyendo Matilde que su presencia seria tal vez un obstáculo para que Fanny esplayase mas libremente su sentimiento; viendo por otra parte calmados los primeros accesos de frenesí que le hicieran temer por su razon, la marquesa se despidió de Fanny solo por algunos momentos, asegurándola que volveria muy pronto, y tomando su coche se encaminó á toda prisa á su palacio para dar algunas órdenes y volver al momento á la casa del Nabad.

Abrióse al fin el testamento; pero apenas el intérprete habia empezado á leer, balbuceó, tartamudeó algunas frases y guardó silencio.

El Nabad creyendo que la interrupcion procedia de alguna palabra poco inteligible, tomó el testamento y leyó apresuradamente algunas líneas, arrojándole en seguida con horror, y exhalando un grito de rabia, fuerte como el rugido del tigre cogido en un lazo.

Mistris Souphanthom declaraba en su testamento, que la señorita Fanny no era hija del Nabad, si no de un maestro de coches de New-York, y la recomendaba á la compasion de su esposo para que no la abandonase á su menguada suerte.

Imposible fuera describir todo el efecto que semejante noticia causó en el marqués de Bengala; trémulo, fuera de si, mas abatido que el Nabad, al que quedaban al menos sus millones, murmuró con voz sorda,

—¡Imposible!

Luego viendo desvanecidas todas sus ilusiones, frustrados todos sus cálculos, salió sin despedirse de casa del Nabad, y se dirigió á pié á su palacio, murmurando durante su camino,

—¡Qué infamia! Si al menos tuviera otra hija para César!

El avaro acababa de ser cogido en sus propias redes.

—¡Dios mio! exclamó Matilde aturdida con el aspecto furibundo del marqués. César! César!... oh! sin duda nos ha sucedido una desgracia terrible!

El marqués vomitó una serie de imprecaciones que redoblaron el susto de la pobre Matilde.

—César! repetia con acento desconsolado, interrogando de nuevo al marqués con sus ojos desmesuradamente abiertos.

—No! no! dijo al fin el marqués, no se trata de nuestro hijo!

Matilde respiró.

—Pero nuestra desgracia es terrible, inaudita; repetia el avaro desfogando su cólera con nuevos improperios.

Matilde se encogió de hombros, porque no comprendia entonces otra desgracia que las que tenian relacion con su hijo querido.

—Matilde, nos han engañado, vendido, escarnecido; añadió el marqués estrechando entre las suyas la mano de su esposa: han comprometido tu nombre ilustre... oh! esto es un escándalo.

—Pero dime, por Dios, replicó Matilde deshaciéndose en cálculos á cual mas descabellados.

El marqués refirió á Matilde la increíble nueva que acababa de oír, desahogándose en denuestos contra la ponderada jóven, objeto hasta entonces de todas sus aspiraciones.

Por muy repugnante que fuese para Matilde la idea de que Fanny era hija de un maestro de coches, y por consiguiente una plebeya desvalida, sintió en su alma tal compasion hacia la pobre huérfana, que propuso al marqués volver al instante á casa del Nabad á interceder por ella, recordándole toda la dulzura, todas las virtudes que atesoraba aquella jóven, cualquiera que fuese su clase y fortuna.

—No! exclamó el marqués escandalizado, jamás! interceder por una...

—Por una criatura que te habia ganado el corazón, respondió Matilde al momento.

—Es que... hace ya tiempo que su nombre no sonaba en mis oídos tan dulcemente como antes. Ciego de mí, que no veia claro que Fanny... no podia decir mas ¡qué infamia... una plebeya esposa del marqués de Bengala! nunca!

—¿Y si nuestro hijo la ama, qué importa que sea pobre ó rica?

—No, Matilde, no, no la ama; estoy muy seguro de ello... César se casaba con ella por complacernos... ahora este matrimonio me causaria la muerte; mi hijo no querrá pagar mi cariño con un asesinato... ¡la hija de un maestro de coches! ¡Huff!

Recordando Matilde que la pobre Fanny se habia quedado sola en las habitaciones interiores y que ignorante de su desgracia iba tal vez á sufrir alguna terrible sorpresa motivada por la justa indignacion del Nabad, tomó precipitadamente su coche y desoyendo los consejos del marqués, voló á casa de Souphanthom, resuelta á interceder por ella cuanto le fuese posible.

¿Tendria valor su padre adoptivo para abandonarla?... Oh! si César la amaba de veras, Matilde estaba dispuesta á sacrificarlo todo por su hijo.

Penetrando sigilosamente en la habitacion en

que habia dejado á la huérfana, Matilde la encontró vacía, pareciéndole notar en ella cierto desorden, que las ventanas apenas entreabiertas ocultaban casi por completo.

Aprovechándose Matilde de aquella circunstancia, hizo un llamamiento generoso á todos los buenos sentimientos que albergaba en su corazón aquel padre sin hijo, le habló con el acento siempre persuasivo de la verdadera caridad, y consiguió al fin arrancarle la palabra solemne de no abandonarla á su ingrato destino.

Santa Marta, que no desesperaba todavía de rehabilitar á la hija del maestro de coches vendiéndole su título de vizcondesa, unió sus ruegos á los de Matilde para que el Nabad continuase mirándola como á su hija legítima, y se encaminó en compañía de la marquesa á la habitación de su padre adoptivo.

En vano la buscaron por todas partes; la joven inglesa mas lista que todos los que la rodeaban, acababa de desaparecer con el cajero del Nabad, llevándose en billetes de banco una buena parte de la fortuna que le arrebatara el destino.

Mistris Souphantom, al verse despreciada por su hija, le habia revelado el secreto de su nacimiento, y la muchacha como hemos visto, no habia echado el aviso en saco roto.

Matilde respiró entonces con libertad; sin saber por qué no podia creer de veras en aquella pasión, cuyos lazos acababa el destino de romper para siempre.

El marqués loco de alegría al saber aquella desaparición, escribió á su hijo recomendándole para esposa la simpática é ilustre Julia de Sancti Spiritus.

III.

REPARACION.

«Devant moi quelle est cette image
Que cache un voile radieux
Et dont le pied léger sur le pavé sonore
Produit un son harmonieux?
Peut-être un ange que l'aurore
Bientôt va rappeler aux cieux!
Oh! qui que tu sois, ange ou femme
Le plus faible regard de toi,
Rendra la lumière à mon ame.
Je souffre! prends pitié de moi!

(FAYRE.)

En tanto que César experimentando una mejora falaz prolongaba su estancia en la poética y bulliciosa Gades, los marqueses de Bengala llevaban una vida triste y monótona, como acontece á todos aquellos á quienes la fatalidad arranca súbitamente la mas bella de las ilusiones que animan la existencia.

Pálido, desesperanzado, volvió el marqués á entregarse á sus cálculos y operaciones de usura, acogiéndose en última instancia á Julia de Sancti Spiritus, que dejando aparte á Fanny Souphantom, de odiosa memoria, era como hija única uno de los buenos partidos de la aristocracia.

Hemos dicho que el marqués no abrigaba grandes esperanzas, porque además de que no tenia la menor seguridad de que su hijo aceptase la propuesta, ¿cómo atraer de nuevo á la condesa de Sancti Spiritus, cuyo despecho á su salida para Biarritz no tenia límites? Después de devanarse los sesos para resolver aquel problema, Santa Marta se encargó de ganar á la condesa á su vuelta á la corte, y Matilde escribió á César aconsejándole que permaneciese hasta el otoño en Andalucía, toda vez que la desaparición de Fanny le dejaba en completa libertad.

Santa Marta, como buen perdiguero, se hizo entonces inseparable del Nabad, con el que frecuentaba á todas horas el palacio de Bengala.

Los amarillentos rayos del sol de otoño estendian ya su pálido reflejo sobre las mil torrecillas de la coronada villa, cuando resonó en todo Madrid una espantosa nueva, que atribulando á su paso los corazones y descomponiendo los semblantes mas serenos, volaba de boca en boca con increíble serenidad.

¡El cólera! Funesto romero del Ganges, que durante cinco meses habia ido segando paulatinamente tal cual existencia desconocida, acababa de aparecer en toda su fuerza, en toda su imponente ferocidad, espíritu de las tinieblas que estendia sus negras y gigantescas alas sobre todos los ángulos de la consternada metrópoli.

Los invadidos de la epidemia cabian apenas en los hospitales. Las hermanas de S. Vicente de Paul, esas hermosas vírgenes, verdaderas hijas del Evangelio, se cruzaban aquí y allí en todas direcciones, acudiendo á las bohordillas, á los hospitales, y á cualquiera parte en que podia ser útil su presencia, esponiendo á cada momento su vida en los azares de su sagrado y envidiable ministerio.

En una de las camas del hospital de coléricos, yacia espirante el opulento y avaro D. Antonio de Mendoza, marqués de Bengala. Sorprendido por el cólera de la manera mas súbita y fulminante á la puerta misma del hospital, trasladado á una de las salas del establecimiento y encontrándose entre tantas personas desconocidas, luchaba en su agonía con la desesperación de espirar lejos de su esposa y de su hijo querido. ¡Cuán pequeño le parecia en aquel momento su envidiable tesoro! Cuán terrible el recuerdo de aquella joven que su avaricia habia conducido al suicidio!

En vano quiso hablar, en vano intentó pronunciar su nombre para que Matilde viniese á recoger su último suspiro, su lengua entorpecida, parte por la intensidad del mal, parte por su propio terror, no pudo hacerse entender.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

REVISTA DE MADRID.

Idilio.—Variaciones sobre el mismo tema.—El amor es la tristeza.—Amor de campo.—Madrid sin amores.—Perspectiva y desnudez.—Prosa.—Las mujeres y la caridad.—Rasgos característicos.—Consuelo en las penas.—Inventos ó saca-dinero.—Baile campestre.—Ojeada.—Segunda edicion.—Un globo-mirinaque.—Susto.—Promesa.—Mirinaques.—Canciones.—Modas.—Rarezas.—Agujas-puñales.—Escenas caseras.—Consecuencias.—Casamiento.

¿Habéis estado alguna vez tristes?

Y si lo habeis estado

¿No es cierto que nada tan bello como la tristeza?

Ah! qué árido es un cielo siempre terso, siempre límpido, siempre azul?

Qué fatal un corazon siempre alegre, siempre inquieto, siempre con esperanzas!

Las nubes en los espacios son las tristezas de los cielos: por eso llueven; es el llanto de sus aficciones.

Las lágrimas del corazon, son la melancolía de la existencia: por eso son tan bellas.

Vuestra amada está triste.

Fijos sus ojos en las ténues ondulaciones de las aguas, ó en los magníficos panoramas de los campos, apenas nota vuestra llegada: os saluda con una sonrisa; se estremece al pudoroso beso que estampais en su mano, y vuelve á su dulce meditacion.

Está triste.

Ella os lo dice.

Pero tambien os dice que es feliz.

¿Y por qué está triste?

Lo ignora.

Un pájaro la robó el sueño.

Cantaba entre los jazmines y enredaderas de su ventana: se acordó de vuestra ausencia; juzgó que el pájaro lloraba la de algun ser querido... y lloró con el pájaro.

Las lágrimas la entristecieron.

Héla ya triste.

Pero el cansancio, sorprendiendo sus párpados, los cerró al contacto de apacible sueño.

Cuando despertó, el pájaro ya no cantaba; pero en cambio sobre las tersas y azuladas ondas del mar, vió deslizarse velera nave que en alas de las brisas, parecia la paloma del patriarca, cuando al salir del arca, buscaba en vano lugar alguno donde posar el pié.

Y esto la entristeció.

La idea de una madre llorando á su hijo,

de un amante á su amada, de una esposa á su esposo; el recuerdo de aquellos pobres marineros sin patria, sin hogar, sin familia, es-puestos á los azares de una existencia tan bor-rascosa como el elemento que atraviesan; la precaria suerte de los que navegan, y la es-tension sin límites del horizonte, hirieron su alma: angustiaron su corazon, y una vez tris-te, su amor no fué bastante, ni suficiente vues-tra presencia á arrancarla de su éxtasis; y hé aquí porque al entrar, os sorprendió tanto el sello de su vaga melancolía.

¡Cuán bella es una mujer entristecida por la naturaleza!

Es preciso despreciarla mucho para no com-prender los quilates que encierran en aquel instante sus lágrimas!

Amad y estareis tristes.

Hay tristezas que son la existencia de todo un amor.

Y no lo dudo, todas vosotras, las que leeis estos renglones habreis amado ya: todas vos-otras habreis sufrido; todas vosotras poseereis recuerdos de inestimable valía; esos recuer-dos que como ciertas flores de los sepulcros, son tanto mas bellas, cuanto mas el tiempo las imprime la huella de su vaguedad.

Y si esto es cierto, ¿no lo es tambien que nunca habeis sido mas venturosas, mas dignas de ser amadas?

Ah! en Madrid no se conocen las tristezas de la creacion.

Alzais la vista al cielo.

Si está azul, su azul os cansa.

Si nublado, su fealdad os atormenta.

El azul de este cielo es pálido y macilento.

Parece que los vapores de las miserias que alumbra se han ido reconcentrando en él, has-ta el punto de deslustrar las galas de su rico manto.

Este no es cielo: es el techo de un ahumado ventorrillo.

Buseais el campo.

Soledad por todas partes.

Sin árboles, sin flores, sin colinas, sin fru-tos, sin arroyos.

Hé aquí su perspectiva.

Y sin embargo, la tierra está sembrada: pro-duce trigo.

¡Pero qué despiadado efecto es el del trigo! Figuraos unas inmensas llanuras todas en Estío.

El trigo tiene ya un color amarillento y su-cio, que desde lejos lo hace asemejarse á sá-banas de pobre, puestas á secarse al sol.

El trigo es horrible en un pais donde no hay otra cosa.

Pero me engaño: aquí hay otra: amapolas.

Este es el contraste de todas las galas madrileñas.

Lo estéril, lo tonto, lo inculto, al lado de lo bello, ó cuando menos de lo necesario.

¡Pues no, si no irse por las ramas la ciudad del *oso y el madroño*.

Probablemente no sabreis lo que es madroño; pero yo os lo diré.

Es una fruta redonda y encarnada, del tamaño de una bala de fusil: la capa interior pajiza; y la exterior formando granitos.

Y esto se come.

Mojad un pedazo de pan en agua y es la sustancia del madroño.

Es fruto de la tierra.

Aquí á todo le falta su poco de sal.

Escepto á las mujeres, que les sobra.

Cuestion de compensaciones.

Y á propósito de mujeres.

Existen algunas sociedades femeniles, que no teniendo por objeto mas que aliviar las penas al desvalido, prestan servicios tan eminentes, auxilios tan laudables, que verdaderamente no se pueden menos de ensalzar, por torcido que se tenga el corazon.

Estas juntas las componen las damas de la aristocrácia.

Cada una de estas juntas tiene su objeto.

Unas apadrinan á los niños huérfanos, los educan, visten, mantienen y hacen hombres. Esto es muy bello.

Otras miran por los enfermos desvalidos; suben á las bohardillas, los cuidan, les dan médico, botica, alimento y consuelos.

Y consuelos!

Pues qué, ¿es poco para un pobre y miserable menestral, ver acercarse á su lecho de dolores, una de esas mujeres hermosas, dulces, nobles, mas nobles por su corazon que por su cuna, para darle por su mano las medicinas, que muchas veces acaso, no osaran darle sus propios allegados?

Y no á un menestral: á cualquiera de nosotros ¿no nos envanecerian actos de caridad como estos, tanto mas, cuanto si van acompañados, como generalmente sucede, de la célebre máxima del Evangelio: „Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha.“

Máxima divina que solo en la caridad puede tener cabida, y en corazonces como los de estas aristocráticas enfermeras.

Hay además de niños espósitos, parroquiales, de beneficencia, de socorros á monjas, de enseñanza á mujeres, y de otra porcion de cosas, que no podemos recordar.

Ahora bien; figuraos que como para sostener todas estas cosas se necesita mucho dinero, y no todas estas damas son ricas, es preciso bus-

carlo; y he aquí la clave del enigma que resta por resolver.

Dinero! antes faltará la luz al sol que á ellas recursos para encontrarlo.

Rifas, funciones, bailes, teatros, toros, todo lo aprovechan; de todo sacan partido.

Hace poco, carecia de fondos una de estas juntas.

Ahí va una novillada.

Presidia la plaza la duquesa de Medinaceli.

Funcion peor no se ha visto: pero en cambio tampoco mas aristocrática.

Se entró temprano.

Se salió tarde.

Pero se sacó un dineral.

Esta era la cuestion.

A principios de este mes se anunció un baile campestre, de pago.

Lo daba la condesa de Via-Manuel.

Era á beneficio de los niños huérfanos, que están á cargo de la junta que preside dicha señora.

Al baile vamos, nos digimos: y al baile fuimos.

La cita era á las nueve.

El sitio en el paseo de Recoletos.

El nombre, la *Camelia*.

La salida á las doce.

Qué de gente!

Qué lujo! cuánta hermosura!

¡Ah, señora condesa; y cuán bien conoceis el corazon cortesano!

Él hará el bien: pero es preciso que se le pida divirtiéndole, aunque sea con titilimundi; entreteniéndole aunque sea con una gaita.

La cuestion es esta: que él soltará el dinero, os dará las gracias, y os lo agradecerá eternamente.

Así se hacen las cosas; así las ha hecho la Via-Manuel.

El espectáculo, pues, fué delicioso.

Y tanto, que á poco nos creimos trasportados al paraiso.

Tan irresistible encanto tenian los ojos de aquellas hermosísimas criaturas.

Qué bello es soñar despierto!

Estaba el salon cuajado de luminarias de colores. Estas sombrías y misteriosas luces, perdidas sobre las copas de las acacias como vagos meteoros; la oscuridad de la noche cuyas sombras dan siempre un tinte encantador á los objetos; las suaves armonías de las músicas, perdidas en los espacios como rumores celestiales; las verdes enredaderas, escalando los gruesos troncos como ansiosas de respirar el perfume de las auras; un viento suave y consolador, que agitando el follage de los árboles parecia como ansioso de robar á los her-

mosos labios de aquellas damas sus tiernas sonrisas, sus palabras de plácida dulzura; aquella melancolía de la noche; las gasas en que estaban envueltas las mas bellas jóvenes de la aristocracia, que en medio de aquella melancólica oscuridad parecían blancas azucenas perdidas entre florido ramaje, motivo era mas que suficiente para dar á la funcion un tinte de poética alegría, un carácter de tierna afeblidad.

Y será lo que quiera; pero yo no sé qué clase de irresistible poder encierra naturaleza; no sé qué encantadora armonía se desprende de ella, que una vez en su centro, todo se olvida, todo se desprecia; condicion, alcurnia, clase; para confundirse en el lazo comun del entretenimiento.

La funcion, pues, nada dejó que desear.

Música, fuegos, juegos de mano y su poquito de baile, de todo hubo, de todo se disfrutó.

De personas notables nada digamos.

Allí paseaban los ministros de Fomento y Gobernacion: las señoritas de Oñate, Subiela, Palacios y Santoyo: la señora del encargado de negocios de Inglaterra; títulos, periodistas, diplomáticos, funcionarios públicos; todo lo mas distinguido, mas bello, mas notable de la coronada villa.

Y como la noche se pasó deliciosamente, y las damas quedaron altamente complacidas, de aquí el que la idea cuajase, y que tomando alas, se dispusiese otra funcion análoga para el jueves veinte.

Y así sucedió.

Sin embargo, no diremos el por qué, pero es la verdad que nos gustó menos que la pasada.

Empezó la funcion á las ocho y media de la noche, anunciándose por un globo aerostático.

Pero ¡qué globo, señores; qué globo!

Allá, en oscuro rincon, elevábase un palo en figura de horca, de unos ocho á diez pies de altura.

Y pendiente de este palo, una enorme masa blanca columpiábase con sombría indiferencia, como si nada le importase ni la gente que le miraba, ni el *auto de fé* que con su cuerpo se disponían á hacer.

Así se comprende como al darnos de manos á boca con él, nos sorprendió tanto.

¿Habrà cosa igual? pensamos para nuestro capote.

Y azorados con la perspectiva de aquel extraño fantasma, nos dirigimos á una elegante señora que con absortos ojos le contemplaba, y le dijimos.

—Señora; por lo visto debe V. estar participando de la estrañeza que á todos causa esa monica ó esqueleto, que como racimo de

uvas empapelado pende de ese cordel.

—Ah! caballero, nos contestó; un vaso de agua ó caigo desmayada.

Un café en forma de choza de pastor, ó barraca de lépero, nos proporcionó el suave líquido destinado á dar la vida á la dolorida señora.

Y efectivamente; con toda esa prosa con que una mujer á punto de desmayarse, acoje los consuelos que han de evitarle el *dolce far niente* (cuando es desmayo de mentirijillas), así nuestra dama acogió el néctar delicioso, que con un profundo suspiro se echó entre pecho y espalda.

Y así las cosas continuó.

—Ah! caballero; á V. debo la vida.

—Entonces soy dos veces feliz. Una, por el hecho; otra, por la persona. Pero ¿qué causa?...

—Muy sencilla, caballero, muy sencilla. Fíjese V. que entro en este jardín. Y no bien me habia sentado, cuando oigo á mi espalda una voz que se espresaba así: "Contaré la historia, puesto que ustedes se empeñan. En envidiable union vivian ambos cónyuges. Tres años llevaban de casados, y nada hasta entonces, habia turbado la dulce serenidad del cielo de sus ilusiones.

Tres hijos, como tres pimpollos, aumentaban con sus gracias las delicias del dichoso himeneo.

Pero llegó un dia.

El marido habia estado seis meses en el extranjero, y este dia era el designado para su llegada.

Como es de suponer, la casa se convirtió en una segunda boda de Camacho.

Los chicos estrenaron botitos de charol y gorra con plumas, y la mamá un vestido azul y verde con volantes de igual color.

La criada, por solemnizar tambien la fiesta.... se lavó.

Era gallega.

Hay quien dice que se lavó como Pilatos, con ánimo de no volver á llevar *manos sucias*... en la cuenta: pero como esto no interesa, prosigo adelante.

Era ya anochecido, cuando el esposo penetraba en el salon.

Su mujer estaba en medio.

Una lámpara de alabastro despedia tan melancólico fulgor, que bien podia decirse tenia algo de encantador y misterioso. Y cómo no! si estaba preparado por una mujer!

—Esposo de mi alma, prorumpió ella.

El esposo, que era algo corto de vista... oyó; pero no vió.

Solo, sí, parece que dijo:

—Tambien ha sido capricho poner el biombo en medio de la sala! Vaya un desórden! Y siguió adelante.

Pero hé aquí que un estrepitoso ruido le hace volver la cara.

—Diablo! pues el biombo tiene piés! Si habrán querido prepararme alguna sorpresa? Cuerpo de tal! pues tambien llora!

Qué es esto?

Y montó una pistola. Y el tiro salió.

El biombo lanzó un grito.

Al ruido acudieron los criados con luces.

La sala se iluminó.

El esposo lanzóse al biombo ambulante.

Y lanzó un rugido.

Era su mujer.

—Adela! ¿qué es eso? qué haces metida en esa pollera? Ah! estará herida? Dame la mano.

Y fué á acercarse á ella.

Pero un impedimento material, reteniéndole en una circunferencia de trece varas y seis pulgadas, le hacia darse en cuerpo y alma á todos los diablos. Ah! brava idea! Y así como un chico escala una tapia en busca de un nido, apoyándose en las grietas, así nuestro héroe, poniendo el pié en el primer volante del vestido y apoyándose sucesivamente en los otros, empezó á trepar con tantos brios y donosura, que era una gracia de Dios contemplarle.

La ascension duró nueve minutos y medio.

Por fin llegó á la cintura: y sentándose cómodamente en el vuelo de las caderas, murmuró con voz entrecortada:

—Adela: ¿has hecho algun voto? ó qué campanario es este?

—Jesús! amigo mio! que poco civilizado vienes.

Esto se llama *miriñaque*: y ya lo ves; no es mas que una tela almidonada, con unos aros de hierro.

—Luego estás en una jaula? Y la bala?

—Oh! aquí la tienes. Todos los proyectiles se embotan en él.

—Horrible invencion. Con que, Adela, ese mueble se llama *miriñaque*? Y por qué no *trampa adelante*? Pues qué ¿hay escotillon de teatro que pueda igualarla? Nada, nada: ó no te lo pones mas, ó mañana te juro que lo mando colgar de un palo en el baile de la *Camelia* para escarmiento de *miriñaquicidas*..

Figúrese V., pues, caballero, prosiguió la dama del desmayo, cual seria mi asombro, cual mi pavor, cuando al escuchar esta última frase vuelvo la cabeza, y veo colgado al *miriñaque*, tal cual lo habia prometido aquel menguado esposo? Oh! ¿y no habia de temblar? Yo lo llevo; y si por casualidad entrase mi ma-

rido, y supiese la historia, capaz era de desnudarme aquí, y hacer la pareja de rigodon con el que está colgado. Son ustedes unos infames.

—Señora, V. es injusta. Y pierda V. el miedo. Dentro de breves minutos el *miriñaque* habrá desaparecido.

Y efectivamente: merced á un sahumero de paja, el *miriñaque* fué progresivamente hinchándose hasta tomar su mayor estension; y cuando ya la tuvo, se cortó la cuerda, y cátele por los aires arriba.

Pero ¡oh desgracia! tres varas se habria elevado sobre las copas de unos chopos, cuando el pudor seguramente le fué colorando el rostro; dando una voltereta á guisa de titiritero.... zas.... se prendió fuego, y cayó convertido en cenizas.

Media hora despues, la historia *del globo-miriñaque* corria de boca en boca, con gran contento y regocijo de ociosos y desocupados.

Nuestra asustada dama, lanzando un gemido, exclamó:

—Ultimo día de *miriñaque*. Para sustos, basta con este.

Y efectivamente, lectoras mias; es un mueble este tan grotesco, tan sucio, tan *tápalo todo*, que aquí se le ha declarado guerra tan encarnizada, que no hay mas que pedir.

Los chicos son atroces.

Hace unos dias, fué tal la grita que dieron á una señora, que tuvo que intervenir la autoridad.

Los periódicos los ridiculizan con sátiras.

Los hombres los burlan con risas.

Los ciegos los arcabucean con romances.

A cada momento oireis cantar por las calles:

Ya las señoras no comen
Ni tocino ni ternera;
Porque guardan el dinero
Pá *miriñaques* de estera.

Y este otro:

Ya no se gastan mantillas
Ni pañuelones de seda;
Que lo que ahora se gasta
Son *miriñaques* de estera.

En fin, hay temporadas en que la humanidad está dada al diablo, y esta es una de ellas.

Y sobre todo, la humanidad femenina.

No sabe que inventar.

Ahora ya nó son vestidos con cincuenta volantes lo que llevan: si no unos trajes á guisa del de las vestales romanas, que en honor de la verdad les sientan muy bien.

Son dos faldas solamente, con unas mangas

perdidas á la veneciana, y un corpiño abrochado á lo María Stuard. Adelante; alguno lo paga.

Pero lo mas chusco no es esto, si no los alfileres que han dado en ponerse en la cabeza.

Alfileres? dijimos mal. Bolas de billar ó narrañas, es el nombre que mejor les cuadra.

Y qué puntas tienen!

Hace unos dias preguntamos á una señorita donde habia comprado aquellas agujas.

—La bola, nos contestó, me la hicieron de una bala de cañon que mi abuelo cojió en la batalla de Bailen; y la aguja, de una *gumia* que regaló á un antepasado mio el *Rey Zagal*, despues de la Conquista de Granada.

Con que por esta contestacion, comprendereis que lo que la señorita llevaba por aguja de adorno, no era otra cosa que un acerado y agudo puñal, á guisa de bisturí ó baston de tambor mayor.

Oh! y una mujer así y con miriñaque, es mas invulnerable que Aquiles.

Aquel, al fin, lo era de un pié. Se sabia de cual cojeaba.

Pero ¡quién puede averiguar de cual cojea una mujer!

En la segunda semana de este mes, se dió un concierto en una casa tan elegante como distinguida.

Una señorita con ojos azules, pelo negro, cintura de hada y manos de marfil, preludiaba unas variaciones en el piano.

La concurrencia estaba pendiente de sus dedos.

Todas las miradas fijas en ella.

La música á las fieras domestica, dijo Orfeo; y decimos Orfeo, porque sabido es que cuando el buen esposo de Proserpina tocaba la flauta, los montes bailaban el minué con una gracia sin igual.

Y sabido es tambien lo de aquel puerco-espin que en la laguna Estigia se dió tal maña á bailar un tango con otro compañero suyo, que Caronte, asombrado del hecho quedó parado con su barca; y de tal modo, que de doce almas que llevaba á Pluton para que las acomodase en los profundos, once se le escaparon á los Eliseos: por lo que el Dios indignado, les condenó á vivir en tierra cubierto de puas, que continuamente les atormentasen.

La historia dice que aquellas almas eran de sastres. Y como se ignora aun por donde se escurrieron, de aquí el refran que dice:

Se escurre por el ojo de una aguja.

Deciamos que la música á las fieras domestica.

Sin embargo; figuraos qué clase de fiera seria un mocito que en el salon habia, cuando

por mas que la señorita se afanaba en lanzar ecos del piano, capaces de convertir á un judío, ó formalizar á una coqueta, hacia el mismo caso, que si oyese el run run de un molino harinero, ú el canto de un sapo en una noche de tronada.

Y por qué era esto?

Porque á su lado estaba una niña mas pura que el oro de Tíbar; mas voluptuosa que una fada de Oriente: mas perfumada que un rosal de Yrem: mas bella que una flor de Chipre.

¿Y para qué necesitaba él los acordes del piano, si de los labios de aquella Gracia partian acentos mas suaves que los acentos del bulbul de Oriente, mas melodiosos que los de un címbalo ó un arpa de ébano y marfil?

La niña del piano empezó á cantar.

Era una cancion llena de tierna melancolía. Se titulaba, "*La ausencia del marinero.*"

Empezaba de este modo.

Bella la aurora asoma
y yo perdido,
voy tras de mi paloma
que huyó del nido.
Triste misterio esconde
cruzar sin guia;
¿dónde te encuentras, dónde,
paloma mia?

Y concluye.

Bogue al fin
hácia el mar
mi barquilla
sin cesar.
Bogue, si,
mientras yo
huyo en brazos
de mi amor.

El final fué coronado con una estrepitosa salva de aplausos.

La jóven habia llorado.

Lo juzgaron la emocion del entusiasmo.

En cuestiones de lágrimas, sucede lo que con el juego del barquillero: de dos veces que se acierta, se yerran ciento.

Y así sucedió con las lágrimas de la niña.

Mas esta, como si no hubiera pensado mas que en poner en práctica los últimos versos de la cancion, se dirigió al sitio donde el mocito habia estado pelando la pava; y el mocito, como si aquella vista hubiese sido móvil suficiente á agitarle la conciencia, le dijo:

—Emilia, te has lucido.

—Sí? le contestó ella. Pues yo creia que para tí, no habia *lucido* mas de lo que luce una vela apagada.

—Pues bien sabes cuanto me gustan las emociones.

—Sí; y en prueba de lo que te amo, voy á proporcionarte una, que de fijo no te ha proporcionado la Antonia. Y es esta.

Y acto continuo, le deslizó tan tremendo alfilerazo, que le dejó desmayado.

Qué es eso? qué es eso? gritaron todos.

—Un vahido, murmuró la jóven. Estaba jugando con este alfiler; y si pincha ó no, quiso probarlo, y él mismo se lo clavó en el costado.

El pobre mozo en tanto se desangraba como un pollo.

¡Si es un puñal! murmuraron diez veces en coro!

En esto ya lo habían desabrochado.

Un médico que allí estaba, declaró que con dos líneas mas que hubiese entrado, lo deja en el sitio.

Afortunadamente no habia hecho mas que traspasar la ropa, taladrar el reló, y romperle la epidermis.

A consecuencia de esto, parece que vá á expedirse una circular prohibiendo esas armas *amanticidas*.

¡Qué dirán los franceses cuando lo sepan!

Lo que menos escribir un volúmen para declarar que las españolas, á causa de la decencia, han trocado la liga por el moño; y que con la excusa de adornos, llevan dos puñales de Albacete, que ponen espanto en el corazón mas empedernido.

¿Y ha de haber paciencia para este nuevo insulto?

Las mujeres tienen arranques de destrucción.

Ah! por eso anda el mundo siempre en ruinas!

Dios se los tome en cuenta.

Por lo demás, este año la emigracion de bellezas ha sido por completo.

Y aquí se puede poner un acertijo.

¿En qué se parecen las caras de las mujeres que hoy se ven en Madrid, á las monedas de dos cuartos del tiempo de Carlos IV?

En lo gastadas.

Y así es: gastadas están, y tanto que casi casi puede asegurarse han llegado ya á la categoría de monedas falsas.

¡Tal es es el poder del tiempo!

A pesar de todo, de vez en cuando uno que otro casamiento nos viene á anunciar que la humanidad no está muerta, cosa que en extremo nos place.

Tócale el turno ahora á nuestro querido amigo el ex-diputado constituyente *Don Manuel Leon Moncasi*.

Su prometida y acaso ya esposa, es la elegante condesa de S. Félix, vizcondesa de casa Gonzalez, conocida y apreciada en todos los círculos aristocráticos de esta corte. Los reyes son padrinos.

Dios les dé *luna sin menguante* para toda la vida.

Tambien se anuncian otras cuantas bodas, que por lo prematuras, dejamos en el tintero.

No somos amigos de casar á nadie.

No digan luego que nos deben su condenación. ¡Jesus! y qué idea mas horrible!

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

Solucion del geroglífico anterior.

No hay enemigo chico, así lo enseña el escarabajo de la fábula.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1857.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitución, núm. 11.

